

La guerra en la Gallaecia antigua: del guerrero tribal al soldado imperial*

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ GARCÍA

Universidade de Santiago de Compostela**

*Como el linaje de las hojas, tal es también el de los hombres.
De las hojas, unas tira a tierra el viento, y otras el bosque hace
brotar cuando florece, al llegar la sazón de la primavera. Así el
linaje de los hombres, uno brota y otro se desvanece.****

Homero, *Ilíada*, VI, 145-149

Para Águeda

RESUMEN

El presente trabajo estudia los diferentes indicios existentes acerca de la actividad bélica en la Edad del Hierro del NO hispano en época prerromana, con la finalidad de, a través de la revisión de tres aspectos distintos (la crítica a ciertas interpretaciones “pacifistas” que se han generalizado en las últimas décadas entre la investigación; las transformaciones de la práctica bélica y los cambios que, a partir de ella, se pueden detectar en la organización de la sociedad y los formas tradicionales de la guerra en época prerromana), establecer la existencia, en esta área, de una forma de guerra tribal

* Trabajo derivado de la actividad desarrollada en el proyecto de investigación “Da Protohistoria á Romanización: interacción cultural e dinámica do territorio no N da provincia de Pontevedra” financiado por la Consellería de Innovación, Industria e Comercio da Xunta de Galicia (Plan de Promoción Xeral da Investigación 2005 da Xunta de Galicia para nuevos grupos de investigación. CODIGO PROYECTO: PGIDIT05PXIA23602PR).

** Investigador contratado. Universidade de Santiago de Compostela. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe. Instituto de Investigacións Tecnolóxicas – Unidade Asociada ao Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento (CSIC-XuGa). Grupo Síncrisis. Investigacións en formas culturais. E-mail: fjavigg@usc.es.

*** Traducción de Emilio Crespo Güemes, Homero, *Ilíada*. Colección Clásica Gredos. Madrid, 1991.

tradicional que, tal y como se analiza en el último apartado, se vió transformada como consecuencia de la conquista romana del NO y de la conversión del antiguo guerrero tribal en soldado de las unidades auxiliares al servicio de Roma.

Palabras clave: Noroeste de la Península; Edad del Hierro; Cultura Castrexa; Conquista Romana; Guerra; Guerra tribal; Ejército romano.

ABSTRACT

This paper reviews the evidences of warfare in pre-roman Iron Age from NW of Iberian Peninsula. Through three different features (criticism to “pacifists” interpretations of Iron Age, changes in warfare and its mirroring in social organization and the traditional ways of warfare in pre-roman age), the paper aims to set the existence, in NW Iberian Peninsula, of a traditional tribal warfare that was transformed, as it reviews in the fourth section of this paper, by the roman conquest that changed the ancient tribal warrior in soldier of the *auxilia* of the roman imperial army.

Keywords: NW Iberian Peninsula; Iron Age; Castros (Hillforts) Culture; Roman conquest; Warfare; Tribal Warfare; Roman army.

1. EN CONTRA DE LA PACIFICACIÓN DE LA EDAD DEL HIERRO GALAICA

Con posterioridad al final de la Segunda Guerra Mundial, se asistió, dentro de la investigación arqueológica, al desarrollo de una visión pacífica del pasado pre y protohistórico, siguiendo una línea de análisis que Keely (1996: 3 ss.) ha calificado como “pasado pacificado” y que, básicamente, consistió en considerar que “con anterioridad a la civilización, la guerra fue rara, ritualizada, anormal y extraña a la psicología humana” (Keely 1996: 22), de tal modo que, siguiendo el camino marcado por la concepción roussoniana del “buen salvaje”, se procedió a excluir a la guerra del ámbito de actividades propias de las sociedades primitivas, tanto actuales como prehistóricas¹. Se comenzó, así, a desarrollar ese mito de un pasado pacífico de las sociedades humanas anteriores a la civilización y, para ello, se procedió a minimizar las formas típicas de la guerra tribal y primitiva, como los *raids*, las emboscadas o los ataques por sorpresa sobre aldeas (Keely 1996: 9) y

1 En las presentes páginas, y a efectos de una mejor comprensión de los planteamientos y puntos de vista aquí defendidos, adoptamos una definición y concepción de guerra muy amplia, del tipo de la planteada por Guilaine, Zammit (2002, 45): “La palabra “guerra” debe entenderse desde una óptica general: conflictos llevados a cabo por hombres armados. Pero también hay que contar con choques mortales entre grupos, *raids* entre bandas vecinas, emboscadas y asesinatos individuales”. Así pues, cuando, en nuestro texto, hagamos referencia a la guerra estaremos comprendiendo cualquiera de las situaciones arriba indicadas, salvo la última de ellas pues, en nuestra opinión, uno de los rasgos básicos de los enfrentamientos bélicos viene dado por su carácter colectivo o por el hecho de que implica a todo un grupo humano, aún en el caso de que el enfrentamiento se limite a un solo combatiente o un pequeño grupo de contendientes de cada uno de los colectivos en ella involucrados.

también sus consecuencias, surgiendo, de ese modo, la idea de que la guerra primitiva era poco violenta y sangrienta². Junto a esta minusvaloración de la guerra también se asistió a un reinterpretación de todos aquellos indicios materiales que podían estar indicando el carácter belicoso de estas sociedades, como, por ejemplo, las armas, las fortificaciones, etc. que pasaron a ser consideradas como elementos simbólicos, como marcadores de status individual o colectivo y no como objetos con una funcionalidad claramente bélica (Keely 1996: 19)³.

En el surgimiento de esta lectura pacifista del pasado ejerció una considerable influencia el horror bélico vivido entre 1939 y 1945 y la posterior amenaza de la Guerra Fría, así como la situación de paz que vivió Europa, en tanto que campo de batalla, entre el final de la segunda conflagración mundial y el estallido de las guerras en la antigua

-
- 2 Desarrollándose, así, diferentes teorías e hipótesis sobre el paso de las formas de guerra primitiva a la guerra, auténtica y real, “civilizada”. Sobre dicho proceso véase, por ejemplo, el trabajo, clásico, de Caillois 1975, o Howard 1983. Esta oposición entre guerra primitiva y guerra civilizada ha alcanzado su climax recientemente en Hanson 2004. En dicho trabajo, este autor, que, en obras anteriores (Hanson 1990) había establecido el origen del modelo occidental de la guerra en la Grecia antigua con el desarrollo de la batalla de infantería decisiva vinculado con la aparición y evolución de la táctica hoplítica, defiende que ese modelo occidental de la guerra (la guerra “civilizada”) está estrechamente vinculado con el desarrollo de la sociedad democrática occidental y, de hecho, lo considera como uno de los grandes logros de la cultura de Occidente y el principal artífice de la superioridad occidental: “la civilización occidental ha dado a la humanidad el único sistema económico que funciona, una tradición racionalista que por sí sola nos permite el progreso material y tecnológico, la única estructura política que garantiza la libertad del individuo, un sistema ético y una religión que extraen lo mejor de la humanidad y la guerra más fatal que sea posible concebir” (Hanson 2004, 501).
 - 3 Este proceso de pacificación del pasado corrió paralelo a la hipervaloración de los contactos pacíficos, “comerciales”, como mecanismos a través de los cuales explicar la difusión de diversos elementos culturales. Así, por ejemplo y para el área geográfica que nos ocupa, se desarrolló la idea de un “comercio atlántico” en la Edad del Bronce considerado como un proceso pacífico que puso en contactos a las distintas comunidades ribereñas del Océano Atlántico (véanse, a modo de aproximación reciente al estado de la cuestión, los trabajos incluidos en Jorge (ed.) 1998). El desarrollo de este tipo de argumentaciones resulta sorprendente cuando, por ejemplo, sabemos que en el mundo griego más arcaico, el representado por los poemas homéricos, las diferencias entre expedición comercial y belicosa o, lo que es lo mismo, la línea que separaba el comercio de la piratería era muy estrecha (ver, por ejemplo, Homero, *Odisea*, IX, 251 ss.; Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, I, 5, 4; Finley 1984, 81 ss.) o que dentro de los pueblos del área cultural indo-europea, entre los cuales cabe suponer que se encontrarían la gran mayoría de las poblaciones implicadas en el comercio atlántico, el comercio, como puso de manifiesto Benveniste (1983, 94) carece de un nombre, pues “los asuntos comerciales se sitúan al margen de todos los oficios, de todas las prácticas, de todas las técnicas; por eso es por lo que no se les pudo designar de otro modo que por el hecho de estar “ocupado”, de “tener que hacer”. Por estos motivos no deja de asombrar que en la interpretación de las relaciones atlánticas el peso de lo pacífico prime sobre lo belicoso, postura que, consideramos, se encuentra íntimamente relacionada con ese proceso de pacificación del pasado. A modo de simple curiosidad, señalar que esta misma tendencia pacificadora también se advierte en otros ámbitos culturales e históricos, como, por ejemplo, el mundo vikingo, cuyos viajes han dejado de ser considerados *raids* piráticos para pasar a convertirse en expediciones comerciales (sobre este replanteamiento ver Boyer 2005). Estas objeciones no implican, necesariamente, que queramos desechar del ámbito de la protohistoria la importancia del viaje y del contacto pacífico, actividades que, como han puesto de manifiesto recientemente Kristiansen, Larsson (2006), han podido jugar un papel muy importante.

Yugoslavia. Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, como ha señalado Keely (1996: 164 ss.), fueron fundamentales para el desarrollo de esta pacificación del pasado. A partir de este momento, se asistió al desarrollo del surgimiento de un odio hacia la guerra y a la consiguiente generalización de posturas pacifistas; debemos recordar, además, que se trataba de la época en que se iniciaba el proceso de descolonización que, además de poner fin a las guerras coloniales e imperialistas de conquista, también provocó, entre los intelectuales occidentales, la aparición de un creciente interés por las poblaciones colonizadas, por unos pueblos indígenas que, víctimas del proceso colonizador y, sobre todo, de la capacidad de exterminio de la maquinaria bélica occidental, estaban desapareciendo de la faz de la tierra.

Entrando, ya, en el plano directamente vinculado con la investigación arqueológica, este proceso de pacificación del pasado también estuvo estrechamente imbricado, como ha señalado Kristiansen (1999: 175), con causas internas a la arqueología como disciplina y, en concreto, con el deseo, por parte de ésta, de legitimar ideológicamente una imagen pacífica de la sociedad humana acorde con la sociedad del bienestar que se desarrolló en la Europa de posguerra.

La investigación arqueológica gallega, sobre todo la centrada en la Edad del Hierro, no quedó al margen de este proceso y así, en las últimas décadas, se ha asistido al desarrollo de una interpretación de la cultura castreña galaica como una sociedad fundamentalmente pacífica; interpretación que lleva a aparejada la minusvaloración del carácter funcional de las armas que aparecen en el registro arqueológico⁴ o el desarrollo de hipótesis sobre el carácter no defensivo de las murallas⁵, primando, en la interpretación de dichas construcciones, su carácter como símbolo comunitario de cara al exterior o como

4 Minusvaloración que proviene de la consideración, ya desde la Edad del Bronce, de algunas armas como herramientas (ver, por ejemplo, Meijide Cameselle 1991, 240-254, quien duda, a la hora de establecer su funcionalidad, entre clasificarlas como armas y/o herramientas). Sabemos, de hecho, que es muy probable que algunas de estas armas, como las hachas, fuesen utilizadas en la Edad del Hierro como herramientas (Teira Brión 2003) pero este hecho, en contra de lo que parecen pensar los defensores de esta interpretación pacífica, no las inhabilita como indicadores de la existencia de actividad bélica, pues, en realidad, tal y como ha indicado Chapman (1999, 108), “in the pre-state period, it is not the absence of specialised killing weapons that is important so much as the ratio of tools to tools-weapons to weapons. Hence, the presence of a single tool-weapon cannot possibly support the case for warfare, but the deposition of a combination of many tool-weapons in different raw materials in a ‘defended’ site may be a stronger argument”. Sobre esta cuestión creo que resulta muy pertinente hacer referencia a la alegación de Cinadón que nos transmite Jenofonte (*Helénicas*, III, 3, 7, 7): aquél, al ser preguntado por los éforos sobre la carencia de armas de los rebeldes contra el *status quo* espartano, respondió que sus armas serían sus útiles de trabajo; prueba evidente, por tanto, de que, en caso de ser necesario, una herramienta puede recibir una utilización bélica.

5 Hipótesis que recogen un debate ya desarrollado con anterioridad en la arqueología europea. Para el caso concreto de la Edad del Hierro, los argumentos en contra del carácter defensivo de las murallas se pueden seguir en Hill (1995, 50 ss.) quien sostiene, a partir de la similitudes existentes entre asentamientos sin fortificar e *hill-forts* en algunas áreas de Inglaterra, como Wessex, que la función de este último tipo de asentamiento no era, como se vino defendiendo tradicionalmente, defensiva y que sus murallas actuarían como elementos simbólicos, como mecanismos a través de los que hacer visible un lugar con la finalidad de resaltar sus diferencias con respecto al exterior del mismo. Hill interpreta, así, los *hill-forts*

indicador de la cohesión del grupo que habita el castro⁶. En un trabajo anterior (González García 2006a) nos hemos dedicado, ya, a criticar estos argumentos “pacifistas” y, por ello, no vamos a entrar aquí en una exposición detallada de los mismos. Simplemente quiero revisar la validez de una afirmación frecuentemente realizada por los defensores del carácter pacífico de la sociedad del Hierro del NO, para justificar el carácter no defensivo de las murallas.

Con mucha frecuencia se ha aseverado que las murallas no podían tener una función fundamentalmente defensiva porque “foi baixo o control de Roma cando se xeralizou a maior e máis complexa e aparatosa arquitectura defensiva [...]. Desde logo, en principio non parece moi asinado pensar que Roma lle permitise a un pobo que acababa de conquistar pola forza levantar murallas e outras fortificacións por máis que estas pouca resistencia real puidesen ofrecer fronte a poderosa maquinaria bélica romana” (de la Peña 2003, 152-153; argumentos similares en otros autores, como Calo 1993, 99-102 o Calo 2003, 39). En realidad, que la arquitectura defensiva más compleja y aparatosa se construyese en la época de contacto con el mundo romano no le merma, como intentaré hacer ver, carácter defensivo a las murallas de los castros. En primer lugar porque el fenómeno de la construcción de líneas defensivas ya se detecta, en el registro arqueológico del NO, desde la primera Edad del Hierro⁷; siendo también en este momento cuando se buscan emplazamientos para los castros caracterizados por su encastillamiento natural y en los que las obras de fábrica defensivas se centran exclusivamente en aquellas zonas menos defendidas naturalmente (Parcero 2002, 199; 2005, 17 y 23). La mayor monumentalidad de las murallas en la época en que se produce el contacto con Roma tampoco parece ser, como veremos, un argumento muy sólido. Estas grandes murallas no son más que

ingleses como posibles centros para la celebración de rituales y festividades comunes. Esta hipótesis, elaborada a partir de los datos que ofrece el registro británico, no creo que pueda ser extrapolable al caso galaico de plena Edad del Hierro, pues aquí están ausentes esos hábitats sin fortificar que aparecen en áreas de Inglaterra como Wessex. Otra cosa distinta sería intentar aplicar este modelo al Bronce Final del sector septentrional del NO portugués donde, como ha señalado Queiroga (2003, 37-38 y 42-43), sí existen asentamientos fortificados en altura y hábitats abiertos entre los cuales parece haber una jerarquización en la que los primeros actuarían como lugares centrales de varios asentamientos no fortificados. Situación que, en cambio, no se puede aplicar a Galicia, donde, como ha indicado Méndez Fernández (1999, 177), “los poblados de la Edad del Bronce presentan una despreocupación evidente en su emplazamiento respecto a las cuestiones defensivas”.

6 El recurso a este tipo de principios simbólicos, como la identidad o el status, a la hora de criticar el carácter defensivo de las murallas, parte, como indicó Chapman (1999, 107) de una confusión: “an enclosure offers some, even minimal, protection to the residents at the same time as defining a symbolic inclusion of the residents and an exclusion of their neighbours and/or enemies [...] A general point here is that identification of one function should not necessarily preclude one or more alternative objectives, whether military, economic or symbolic”. Además, como ya he intentado hacer ver (González García 2006a), el valor simbólico de la muralla, en tanto que delimitadora del espacio dotado de una mayor carga cultural (el poblado o castro) frente al espacio externo al poblado, es decir frente al ámbito espacial de la naturaleza, no tiene porqué estar libre de connotaciones defensivas.

7 González Ruibal (2003: 146) ha señalado que: “Entre el siglo IX y V a.C., muchos poblados, tanto de costa como de interior, se dotan de auténticas murallas de piedra o tierra”.

una de las diversas manifestaciones del proceso de aparición de grandes asentamientos (*oppida*) que se detecta en el sector meridional del NO peninsular desde el siglo II a.C. y que, en muchos casos, perduran hasta mediados del siglo I d.C. Fue, precisamente, esta cronología, así como la aparición de materiales romanos en estos yacimientos, la que llevó a pensar que se trataba de fundaciones realizadas bajo la influencia directa de Roma. Existen indicios que apuntan a que este fue, sin embargo, un proceso fundamentalmente autóctono que, no obstante, sí se pudo ver fuertemente influido por los contactos con Roma desde el siglo II a.C (González Ruibal 2003: 258 ss.). Por otra parte, “el hecho de que se citen materiales romanos [en estos yacimientos] no es garantía de que el poblado haya sido fundado en época romana, ni siquiera que en ese período haya tenido su apogeo y menos aún que se estén asimilando pautas romanas” (González Ruibal 2003: 264). Así pues, todo parece indicar que “la mayor parte de los elementos que desde mediados del siglo II a.C. indican una mayor complejidad social y crecientes desigualdades son fruto tanto de la particular evolución de la zona como de la presión de Roma en los límites del Noroeste, pero en ningún caso se podrá utilizar el término “romanización” para referirse a semejante proceso, ni recurrir a la cercanía del Imperio como elemento monocausal para la aparición de los *oppida*” (González Ruibal 2003: 264-265).

Por otra parte, la aparición de obras defensivas como consecuencia del contacto entre sociedades tribales y estados o grandes imperios colonizadores es un hecho sobradamente conocido dentro de la literatura antropológica⁸. Este tipo de situaciones no son más que una de las consecuencias de la acentuación de la actividad bélica, tanto entre las sociedades tribales entre sí como entre éstas y la potencia colonial, que se producen en estas situaciones de contacto dentro de lo que Ferguson y Whitehead (1992, 3) han denominado “zona tribal”, es decir, el área afectada por la proximidad de un estado pero que no se encuentra bajo su administración. La consecuencia más clara de esta situación de contacto consiste en la transformación radical de las formaciones sociopolíticas existentes que, por lo general, se plasma en un proceso de “tribalización” o génesis de nuevas tribus y la acentuación de los procesos bélicos. En muchas ocasiones la intensificación de los procesos bélicos se puede producir como consecuencia de la introducción de mercancías exógenas dentro de los circuitos de intercambio indígenas; fenómeno que, como sucedió, por ejemplo, entre los iroqueses de América del Norte (Abler 1992, 173), provocó que se desarrollasen acciones bélicas orientadas, única y exclusivamente, a ganar acceso a los puestos de comercio occidentales y, de ese modo, obtener dichas mercancías⁹.

8 Tal y como sucedió, por ejemplo, en los poblados *Arawak* y *Akawaio* que comenzaron a dotarse de empalizadas defensivas como consecuencia de los cambios en la guerra provocados por el contacto con los europeos (Whitehead 1990, 157) o entre las estados primitivos de Sri Lanka en los que la agudización de los enfrentamientos bélicos implicó una fortificación de los asentamientos (Gunawardana 1992, 79).

9 Esta agudización de la guerra como consecuencia del deseo de acceder y controlar el comercio de bienes manufacturados occidentales ha sido señalada en muchas otras sociedades tribales como, por ejemplo, los yanomami (Ferguson 1992, 201), los jívaros (Bennet Ross 1984, 92-93), entre los que los tradicionales *raids* en busca de bienes de gran valor y prestigio pasaron a centrarse, tras el contacto con los europeos,

En el caso del NO peninsular existe, de hecho, una serie de indicios que parecen indicar la posibilidad de que se haya producido una situación como la anteriormente descrita. El registro arqueológico constata la entrada, desde el siglo IV a.C., de materiales foráneos en Galicia y el N de Portugal como consecuencia del contacto con las civilizaciones mediterráneas: en un primer momento, entre los siglos IV-II a.C., se documenta la presencia de materiales griegos, púnicos, iberipúnicos e ibéricos, fruto del comercio fenicio (Naveiro 1991, 24-26 y mapas 3 y 4; González Ruibal 2003, 418-430), mientras que a partir del siglo II a.C., debido a la conquista de parte de la Península Ibérica por Roma y a la consiguiente sustitución de los púnicos por los romanos en esta ruta comercial (tal y como relata Estrabón III, 3, 5), se generaliza, en el NO, la entrada de materiales romanos: cerámica campaniense, *terra sigillata* itálica, ánforas vinarias, etc. (Naveiro 1991, 27 ss. y 63 ss. y mapas 5, 6 y 12; González Ruibal 2003, 430-438). El cuadrante NO de la Península se encuentra sometido, desde esta última época, a la influencia romana, llegada tanto por vía marítima como por vía terrestre, al compartir una amplia zona de frontera con los territorios hispanos controlados por Roma. En esta situación se pudo desarrollar, en Hispania, una situación de “zona tribal” como la anteriormente descrita: las sociedades indígenas se pudieron ver afectadas por la cercanía de Roma, lo que habría provocado el consiguiente recrudecimiento de las actividades bélicas. García Moreno (1988, 89 ss.) ya había apuntado, hace años, esta posibilidad, al señalar la creación de una zona fronteriza de transición del dominio romano en la Península con posterioridad a las campañas de Catón; zona fronteriza que, en su opinión, habría supuesto la alteración de las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales indígenas tradicionales y originado un posible choque con los intereses de la política colonial romana, dándose, así, las condiciones favorables para el surgimiento de grandes rebeliones indígenas, como los conflictos celtibéricos que tuvieron lugar entre el 154 y el 133 a.C. o la actividad de Viriato entre 147-139 a.C.

Para el caso galaico no contamos con constatación documental que nos permita defender la vinculación directa entre presencia romana y recrudecimiento de las actividades bélicas. No obstante, los autores antiguos nos informan sobre la dedicación de las poblaciones del N de la Península al saqueo y a latrocinio (Estrabón III, 3, 5) y son muchas las noticias de la literatura antigua sobre la dedicación de los lusitanos a esta actividad¹⁰. El

en acciones bélicas orientadas a la consecución de armas de fuego, los caribe (Whitehead 1990, 150 ss) o los asháninka del Perú occidental (Brown, Fernández 1992, 192 ss.).

10 Acerca de dichas referencias textuales ver Santos Yanguas 1981a y Ciprés 1993, 136-139. El estudio y análisis del bandolerismo lusitano es un tema que cuenta con gran tradición en la historiografía hispana y cuya interpretación ha ido variando con el paso del tiempo. Así, desde la interpretación tradicional de García y Bellido 1977, trabajo originalmente publicado en 1945, quien, siguiendo las noticias de las fuentes griegas y romanas, lo consideraba como la consecuencia directa del desigual reparto de tierras entre los lusitanos, en las últimas décadas se ha pasado a dar una interpretación sociológico-ritual de dicho comportamiento bélico que tiende a considerar a las partidas de guerreros lusitanos como el resultado de una sociedad de frontera cuyo modo de vida habitual habría sido el pillaje (García Moreno 1981, 94), como fruto de la actividad de cofradías guerreras especializadas (García Fernández-Albalat 1990, 340),

hecho a destacar ahora con respecto a esta dedicación al robo y al pillaje radica en que las fuentes antiguas nos indican que se trata de incursiones que se desarrollan sobre otras sociedades vecinas distintas a las de los bandoleros (Muñiz Coello 1995, 25) y que, en el caso de las incursiones lusitanas del siglo II a.C., se centraban en los territorios de la provincia Ulterior, la posterior Bética (Santos Yanguas 1981a, 360). Todo parece apuntar, por tanto, a que por medio de estas incursiones sobre territorio bajo control romano se estaba buscando, precisamente, hacerse con un botín consistente, fundamentalmente, en ganado y en productos foráneos, es decir, en bienes de prestigio y que, por tanto, se seguía la misma pauta de comportamiento que vimos que se desarrollaba en las “zonas tribales”.

El proceso de pacificación del pasado protohistórico galaico que venimos criticando en estas páginas se encuentra íntimamente vinculado, además, con el “enfrentamiento” entre interpretaciones celtistas y celtoescépticas de la Edad del Hierro del NO peninsular¹¹, de tal modo que, entre los autores celtoescépticos, se niega el carácter belicoso de la sociedad galaica de la Edad del Hierro, pues aceptarlo implicaría “integrar el mundo castreño en modelos teóricos pancélticos” (Bello Diéguez, de la Peña Santos 1995, 164). Argumento que, a mi modo de ver, no deja de resultar curioso, pues parece conceder a los celtas el monopolio sobre la belicosidad en la Europa de la Edad del Hierro, cuando, en realidad, sabemos que la guerra jugó un papel importante en todas las sociedades europeas del último milenio antes de Cristo tanto históricas como protohistóricas. De hecho, la arqueología peninsular nos ofrece un ejemplo de una sociedad protohistórica no indoeuropea, no celta, por tanto, en la que la guerra jugó un papel importante: el mundo ibérico (Gracia Alonso 2003).

En esta misma línea de pacificación del pasado, recientemente se ha asistido a un curioso juego terminológico, según el cual se acepta la existencia de conflictos entre comunidades pero se distingue entre “conflicto” (Sastre 2001, 63-65), “tensión” (de la

se explica dentro de un contexto iniciático de tipo guerrero (Ciprés 1993, 147), se comprende como la forma de guerra típica de estas comunidades y se la vincula estrechamente con diversas instituciones, como las cofradías guerreras (García Quintela 1999, 220 ss. y 275 ss.), la organización clientelar y la hospitalidad (García Moreno 1993, 331 ss.; Muñiz Coello 1995, 25) o el pastoreo trashumante (Salinas de Frías 1999, 282 ss.). Otro tipo de planteamiento recurre a todas estas explicaciones, sin mayor articulación entre ellas, para dar cuenta de las complejas causas que pueden explicarlo (Pitillas Salañer 1996, 138) o, por el contrario, intenta vincularlas, a través de la búsqueda de modelos antropológicos, dentro de un sistema lógico coherente que permita explicar la organización socio-política de los pueblos lusitanos, tal y como ha hecho Sánchez Moreno (2001, 2002, 2002-2003) al plantear la hipótesis de que las jefaturas lusitanas se pueden comprender como sistemas basados en la redistribución del botín conseguido en estas *razzias*. No obstante, todavía existen autores que, pese a tener en cuenta este otro tipo de argumentos, siguen considerando que “el problema lusitano tenía un motivo económico y éste pasaba por una redistribución de la tierra que garantizara un asentamiento pacífico” (Sayas Abengochea 1989, 712). Para una aproximación general al bandolerismo dentro del mundo romano ver Shaw 1984.

11 Remito al lector a González García 2006b, trabajo en el que he tratado este debate entre posicionamientos celtistas y anticeltistas o celtoescépticos en la investigación gallega. Este anticeltismo o celtoescépticismo se detecta, también, tras las interpretaciones pacifistas del registro arqueológico desarrolladas en otras zonas de Europa, tal y como se aprecia, por ejemplo, en la crítica de Hill (1995, 46-47) al carácter defensivo de las murallas de los *hill-forts* británicos.

Peña Santos 2003, 137) y “guerra”, afirmando que esta última implica una confrontación violenta entre grupos y que se trata de una forma de conflicto que causa agresión física y sólo tiene repercusiones sobre las relaciones sociales cuando se hace económica, es decir, cuando se combina con el control de los medios de producción (Sastre 2001, 65). Se diferencia, así pues, entre conflicto y guerra, divergencia que, en realidad, no es más que una simple cuestión de grado: la guerra sería un conflicto de importancia mayor o, lo que es lo mismo, bajo el término conflicto parece esconderse esa “guerra primitiva” de baja intensidad y pocas muertes a la que ya hemos hecho mención con anterioridad¹². ¿Por qué, entonces, se realiza esta diferenciación y se le niega al conflicto su carácter de enfrentamiento bélico? En mi opinión creo que se debe, fundamentalmente, a que se parte de la premisa previa de que la sociedad del Hierro del NO era una sociedad segmentaria campesina caracterizada por una organización social no muy compleja y en la que apenas existían formas de desigualdad¹³ y del hecho de que se cree que la guerra crónica es un rasgo cultural típico de algunas sociedades agrarias y de casi todas las sociedades jerárquicas pero no de las sociedades segmentarias. Según esta afirmación, en las sociedades segmentarias, tribales, no existiría la guerra; afirmación que parecen contradecir los datos antropológicos pues, como ha indicado Keely (1996: 33) “la guerra no es más frecuente en las sociedades complejas que en las bandas simples o en las sociedades tribales”. No parece que haya, así pues, ningún argumento definitivo que nos impida hablar sobre la guerra en la Edad del Hierro del Noroeste peninsular¹⁴.

12 Con respecto a la relación entre guerra y conflicto véanse los argumentos de Chagnon (1990, 102) quien sostiene que la guerra sería una subcategoría de otra categoría más general, el conflicto, dentro de las sociedades de bandas y tribales. Esta afirmación puede ser cierta, en líneas generales, pues sabemos que no todas las sociedades dirimen sus conflictos de forma belicosa, es decir que existen sociedades pacíficas, como, por ejemplo, los Xingu (Gregor 1990), los Buid (Gibson 1990) o los Semai de Melanesia Occidental (Robarchek 1990), que han desarrollado mecanismos pacíficos para la resolución de conflictos; así, por ejemplo, entre los Semai (Robarchek 1990, 65), estos se resuelven a través de la *becharaa*, un debate y discusión pública de carácter pacífico. No obstante, las sociedades pacíficas son un hecho excepcional (McCauley 1990, 13; Keely 1996, 32) que, según Keely (1996, 28), se pueden cifrar entre un 5-10% del conjunto de las sociedades conocidas. En mi opinión, para realizar esta diferenciación entre conflicto y guerra y, al mismo tiempo, para defender el carácter pacífico o de baja intensidad bélica de la sociedad galaica de la Edad del Hierro, es preciso, en primer lugar, demostrar la existencia de una de esas instituciones alternativas no violentas que permiten solucionar los conflictos y diferencias. Así pues y para el caso del NO, mientras carezcamos de cualquier indicio de la existencia de otros tipos de procedimientos de resolución de conflictos diferentes a los bélicos, creo que la guerra sigue siendo la única explicación posible para explicar cómo se solucionaban las divergencias tanto entre grupos como dentro de estos; explicación que, por otra parte, parece ratificada por las fuentes documentales, tanto textuales como arqueológicas, de que disponemos.

13 Hipótesis desarrollada en trabajos previos de Sastre (1998) y de otros miembros de su grupo de investigación (por ejemplo: Fernández-Posse, Sánchez-Palencia 1998).

14 Este carácter pacífico de la sociedad de la Edad del Hierro del NO peninsular resultaría, por lo demás, increíblemente sorprendente si tenemos en cuenta ciertas noticias de las fuentes antiguas, como, por ejemplo, la recogida por Estrabón (III, 3, 7), donde, expresamente, se nos informa que entre los pueblos del Norte existe un dios asimilable al Ares griego, vinculable, por tanto, con una divinidad relacionada con la guerra, a la que se ofrecen sacrificios típicamente bélicos (chivos, caballos y prisioneros de guerra). El

Esta negación del fenómeno bélico en el mundo del NO peninsular durante el último milenio a.C. también deriva, por otra parte, de un erróneo planteamiento teórico sobre qué es la guerra, cuál es su función social y porqué se originan los enfrentamientos bélicos. En el mundo contemporáneo, con su diplomacia, su derecho internacional, sus cortes internacionales de justicia y otros organismos supranacionales de mediación, la relación habitual entre estados es la que se desarrolla en un clima y una situación de paz. La paz, por tanto, es lo normal en nuestra vidas, mientras que la guerra es la anormalidad, la situación de ruptura que pone fin a la correcta marcha de la vida cotidiana. Esta situación, en cambio, nunca fue la habitual en el mundo antiguo, en el que “la paz nunca alcanzó una autonomía conceptual y durante mucho tiempo fue entendida en sentido negativo como ausencia de guerra” (Quesada 1997, 35)¹⁵. Para comprender esta situación debemos tener en cuenta (Campillo 2001, 18) “las tres relaciones sociales básicas de la vida humana (económicas, parentales y políticas) que responden a tres condiciones naturales de la vida humana (la supervivencia orgánica, la reproducción sexual y los conflictos inherentes a una pluralidad de individuos y grupos que conviven en un mismo territorio)”, es decir, se hace preciso comprender que todas las sociedades humanas, todos los grupos humanos, son el resultado de la interacción que se produce entre dicho grupo con el medio natural y con los restantes grupos o sociedades humanas con los que comparte ese medio; relaciones, por tanto, que sólo se pueden articular a través de dos procedimientos: uno de ellos pacífico (por medio, por ejemplo, de las relaciones de intercambio, como las matrimoniales, que permiten establecer alianzas) y, el otro, belicoso. Así pues, desde este punto de vista podemos considerar que la guerra, como ya había señalado Clastres (1988, 205) para el caso de las sociedades indivisas, es estructural a la sociedad humana pues constituye uno de los mecanismos de relación con los que ésta cuenta para poder desarrollarse¹⁶; en este sentido, creo que la afirmación de Levi-Strauss (1943) de que la guerra es la negación

contexto cultural del resto de las poblaciones de lengua indoeuropea de la Península también nos estaría hablando en contra de este supuesto carácter pacífico de las áreas noroccidentales de la Península, pues, como es sobradamente conocido, la guerra fue, en la Edad de Hierro, una actividad importante tanto entre los lusitanos, como entre los celtíberos y las restantes poblaciones del área indoeuropea peninsular (a este respecto véase: Cipres 1993; Almagro-Gorbea 1997; Almagro-Gorbea, Llorio 2006).

- 15 Esta frecuencia de la guerra en la Antigüedad resulta manifiesta si nos atenemos a los datos expuestos por Quesada (1997, 34): “Atenas estuvo en guerra dos años de cada tres –y nunca gozó de más de diez años seguidos de paz– en el período “clásico” que va desde el comienzo de las Guerras Médicas (490 a.C.) a la batalla de Queronea en que Filipo de Macedonia acabó con la independencia efectiva de las poleis griegas (338 a.C.). En el caso de Roma, es Livio (I, 19, 2-3) quien nos recuerda que Roma cerró las puertas del templo de Jano sólo en dos ocasiones desde el reinado de Numa Pompilio en el siglo VII a.C. hasta el de Augusto en el cambio de era”. Para una visión general de la guerra en el mundo antiguo ver: Harmand 1985 y Garland 2003.
- 16 Desde esta perspectiva, la famosa afirmación de Clausewitz (1999, 47) según la cual la guerra es “una continuación de la actividad política, una realización de ésta por otros medios” cobra toda su vigencia, pues, tal y como ha señalado Naville (1999, 13) la guerra, para Clausewitz, es un hecho humano, una forma de las relaciones humanas que no pertenece al terreno de las artes ni de las ciencias, sino al de la existencia social, un conflicto de grandes intereses que se soluciona de manera sangrienta y que se podría comparar con el comercio, en tanto que este último también supone un conflicto de actividades e intereses humanos. Carácter político de la guerra que también había sido señalado por Clastres (1988, 199: “la

del intercambio permite comprender a la perfección el carácter del enfrentamiento bélico como algo inherente, estructural, a las sociedades humanas¹⁷.

El problema que, hasta ahora, han venido teniendo determinados antropólogos, arqueólogos e historiadores para comprender la guerra primitiva deriva, precisamente, de la incompreensión de este carácter estructural de dicho fenómeno. La guerra ha sido considerada como algo supraestructural, como una más de todas aquellas actividades a las que se dedican las sociedades humanas. De tal modo que la mayoría de las hipótesis explicativas de la guerra la han supeditado a aquella otra actividad que, desde Marx, se ha venido considerando como auténtica infraestructura: la economía. Comportamiento que, como ha señalado Campillo (2001, 18), supone un error considerable pues las “tres relaciones sociales son irreductibles e inseparables entre sí, de modo que no cabe conceder a una sola de ellas la primacía absoluta en la configuración de la sociabilidad humana”. Esto es, en concreto, lo que ha sucedido con la explicación economicista y materialista¹⁸ de la guerra que defiende que la principal causa de conflictos bélicos en las sociedades primitivas deriva de la escasez de recursos y con su variante más burda, el materialismo cultural, para el cual “la guerra primitiva [...] constituye simplemente uno de los mecanismos de interrupción que ayudan a mantener las poblaciones humanas en un estado de equilibrio ecológico con sus hábitats” (Harris 1986, 65)¹⁹. Esa supuesta competencia creada, entre

guerra primitiva es el medio de un fin político”). Esta vinculación entre guerra y política no implica que para el estudio histórico de la guerra simplemente haya que centrar la atención en las diferentes formas políticas pues, como ha señalado Keegan (1995), criticando y matizando a Clausewitz, el desarrollo de la guerra depende de cuatro variables compuestas por las configuraciones social, económica, política y tecnológica de cada sociedad.

- 17 Afirmación criticada por Clastres (1988, 194 ss.) pero no por el fondo de la misma, que el propio Clastres aceptaba (1988, 206: “el ser social primitivo tiene necesidad, a la vez, del intercambio y de la guerra para poder conjugar su amor propio autonomista y el rechazo de la división. El *status* y la función de la guerra y del intercambio que se despliegan en planos distintos, se relacionan con esta doble exigencia”) sino por la forma en que Lévi-Strauss la planteaba, en un principio, a través de la polaridad comercio-guerra, oposición incorrecta en opinión de Clastres en lo referente a las sociedades primitivas, y, posteriormente, a través de la pareja intercambio-guerra, en la cual el intercambio era anterior a la guerra, siendo esta última, simplemente, el eventual fracaso de un intercambio. Clastres, en cambio, sostiene (1988, 207) que la guerra es anterior a la alianza (en tanto que vínculo establecido a través del intercambio), pues “es la guerra como institución la que determina la alianza como táctica”. Como veremos en las líneas siguientes, el error, tanto de Clastres como de Lévi-Strauss, deriva del deseo de primar una de esas tres relaciones sociales básicas sobre otra: la parental sobre la política, en el caso de Lévi-Strauss, y la política sobre la parental, en el caso de Clastres.
- 18 No voy a entrar aquí en la crítica a la otra gran hipótesis sobre el origen de la guerra, la “innatista”, aquélla que sostiene que su origen se encuentra en la naturaleza agresiva y violenta del género humano y que está estrechamente vinculado con el papel del hombre como cazador o, como ha intentado hacer ver recientemente Ehrenreich (2000), con su primitivo rol como presa de caza de los grandes carnívoros. Las razones para no entrar en esta crítica derivan de la creencia de que la guerra es un fenómeno cultural, social, y no natural; por ello simplemente remito al lector a las críticas realizadas por Clastres (1988, 188-190) a este tipo de planteamiento.
- 19 La formulación más conocida de este tipo de planteamiento ha sido, precisamente, la desarrollada por Harris (1986, 59 ss.). No obstante, este tipo de hipótesis ha tenido un gran predicamento en la antropología norteamericana; así, por ejemplo, se pueden ver puntos de vista similares a los de Harris en: Ferguson 1984 y 1990, así como en muchos de los trabajos recopilados en Ferguson (ed.) 1984; Haas (ed.) 1990 y Ferguson, Whitehead (eds.) 1992.

distintos grupos, por la escasez de recursos que desembocaría en guerra es, como ha señalado Clastres (1988, 194), falsa, pues “las investigaciones actuales muestran que la economía primitiva es una economía de la abundancia y no de la escasez”, de tal modo que no se puede afirmar que la violencia se articule como consecuencia de la miseria y, por ello, “la explicación economicista de la guerra primitiva ve hundirse su punto de apoyo”²⁰. Por lo que respecta al materialismo cultural, creo que Lizot (1980, 163-164) expresó, hace ya tiempo, sus peligros y debilidades: “Privilegiando de forma abusiva la ecología, la antropología social corre el riesgo de perder el sentido de la relación correcta ente las cosas y olvidar que distintos factores intervienen, dialécticamente, para hacer de una sociedad aquello que ésta es: el medio natural y los recursos, ciertamente, pero también la historia, la dinámica interna propia de cada civilización, la innovación o la adquisición tecnológica, etc. Corremos el riesgo de tomar el efecto por la causa, de deformar voluntaria o inconscientemente los hechos sociales en el momento de su búsqueda y en el instante de interpretarlos para incorporarlos en esquemas prefabricados y simplistas”²¹.

Dentro de esta línea de interpretación economicista o materialista de la guerra se le ha concedido mucha importancia a la tierra y a la agricultura, en tanto que consideradas como principal propiedad y medio de subsistencia de las sociedades humanas y, así, se ha establecido una estrecha vinculación entre la guerra y la aparición de la agricultura²². No cabe duda que la aparición de la agricultura debió agudizar los enfrentamientos bélicos pero esa estrecha vinculación entre ambos fenómenos debe ser

20 Y ello por no señalar la cortedad de miras de estos autores con respecto a lo que es un recurso escaso pues, como ha señalado Lincoln (1993, 339): “One must note, however, that scarce and valued resources are not exclusively of a material nature, prestige being a crucially important example of nonmaterial resource that is highly desired and that figures prominently in warfare. It is possible, in fact, to speak of a prestige economy that exists not only side by side but intimately interwoven with the material economy of any given people, and warfare provides a convenient means of reaping rewards in both”.

21 Chagnon (2006, 181 ss.) ofrece, a propósito de la denominada “hipótesis de las proteínas”, un buen ejemplo de la peligrosidad de los postulados teóricos del materialismo cultural; según dicha hipótesis, la causa de la guerra entre las tribus primitivas vendría dada por la ausencia de una proteína animal de calidad; la población padecería una escasez de proteínas en su dieta que la obligaría a luchar por este recurso escaso, de ahí los enfrentamientos bélicos. Los estudios realizados por Chagnon entre los yanomami, una de esas poblaciones cuya belicosidad se hacía derivar de su carencia proteínica, pusieron de manifiesto que su consumo de proteínas “era muy adecuado, al igual que el de otros pueblos de la selva tropical estudiados posteriormente. Se da la ironía de que los datos sobre el consumo de proteínas reunidos hasta la fecha parecen indicar que, si uno se empeña en subrayar una estrecha relación de causa-efecto entre la intensidad de la guerra y el consumo de proteínas, con mayor solidez podría argumentarse que los pueblos que presentan un índice de consumo de proteínas más elevado son los más beligerantes” (Chagnon 2006, 184).

22 Como, por ejemplo, en el planteamiento de Carneiro (1990, 191) quien, pese a aceptar que la guerra es un fenómeno muy antiguo, detectable ya en el Paleolítico, considera que no asume un gran significado hasta la aparición de la agricultura; a partir de entonces, y como consecuencia del crecimiento de la población que produjo una reducción de la tierra cultivable, la guerra dejó de estar orientada hacia la venganza por las ofensas personales, que había venido siendo su causa tradicional, para pasar a ser sustituida por una guerra orientada a la conquista del territorio; transformación que implicó que la actividad bélica se hiciese más frecuente, intensa e importante.

matizada²³ y, de hecho, podemos considerar con seguridad que ya hubo guerra con anterioridad al Neolítico, al menos desde el Mesolítico (Guilaine, Zammit 2002, 61 ss.; Walker 2001, 584 ss.; Vencel 1999, 58 ss.; Dolukhanov 1999, 77 ss.). Desde este punto de vista, por tanto, la actividad económica o el desigual acceso a la tierra para su uso agrícola poco parecen tener que ver con el origen de la guerra. La guerra, por tanto, en su origen se presenta como un fenómeno que, tal y como vimos que indicaba Clastres, se encuentra totalmente al margen de la actividad económica.

Centrémonos, ahora, en el caso galaico y veamos las características que presentaba, en época prerromana, esa forma de relación violenta entre comunidades que es la guerra.

2. GUERREROS Y HÉROES: GUERRA Y SOCIEDAD EN EL NO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN ÉPOCA PRERROMANA

Desde inicios del segundo milenio a.C. se atestigua en toda Europa, a través de la introducción, en el registro arqueológico, de nuevas formas de armamento, como la espada o la lanza, la aparición de “aristocracias guerreras” que van a constituir sistemas de jefaturas, más o menos complejos según los casos, en los que la guerra era una actividad frecuente y socialmente muy valorada (Kristiansen 1999). Estamos, por tanto, ante un proceso, típico de la Edad del Bronce, que, siguiendo a Guilaine y Zammit (2002, 211 ss.), podemos denominar como “la emergencia del héroe” y que, en el plano material, se plasmaría en la importancia, tanto funcional como simbólica, que, a partir de este momento, adquiere la espada como arma indicativa de la aparición de estas aristocracias guerreras (Kristiansen 2002; Guilaine, Zammit 2002, 217-222)²⁴.

El registro arqueológico gallego de la Edad del Bronce parece atestiguar un proceso de este tipo. El puñal, arma emblemática del guerrero en el Bronce Inicial (1800-1500 a.C.)²⁵, comienza a ser sustituido, en el NO de la Península, desde el Bronce Medio (1500-1200 a.C.), por las espadas; este proceso, a juzgar por los tipos de espada, parece que se puede situar en las postrimerías del Bronce gallego, siendo, sobre todo, en el Bronce Final (1200-700 a.C.) cuando se generalizan los hallazgos de este tipo de arma:

23 Mallory (1997, 630) ha apuntado que: “In general, one of the features that accompanies the adoption of a settled way of life through agriculture is a sense of territoriality and fixed defensible resources, and hence a correlation between agriculture and warfare has long been observed. It should be emphasized that land is not the only reason for raids and warfare and there is abundant evidence for other causes, e. g., security, prestige, obtaining women.”

24 Orientación belicosa de las sociedades de Edad del Bronce europeo que, no obstante, ha sido matizada por algunos autores, como, por ejemplo, Harding (1999, 172): “Warfare – or to be more accurate, warlike objects- was just one of a number of defining characteristics of the Bronze Age [...] Clearly, there were many aspects to the making, bearing and using weapons in Bronze Age Europe, and warrior societies, while important at particular areas and times, were not ubiquitous”.

25 Para la periodización y cronología del Bronce gallego seguimos a Meijide Cameselle 1991.

espadas “pistiliformes arcaicas” entre 1200-850 a.C., “pistiliformes clásicas” entre 1000-850 a.C. y espadas de “lengua de carpa” (Meijide Cameselle 1991, 241, 246-251 y 267). Parece evidente, por tanto, que desde el 1200 a.C., se atestigua, en el NO peninsular, un cambio en la actividad bélica, tanto táctico como social, que se refleja, precisamente, en esta sustitución del puñal por la espada

Pese a este cambio en la táctica bélica, sobre el que luego hablaremos, la aparición conjunta, desde inicios de la Edad del Bronce, de armamento metálico y joyas nos está indicando la presencia de una jerarquía social que se expresa a través de la posesión de ambos tipos de objetos. Estaríamos, como ha indicado Vázquez Varela (1995a, 293), ante “una sociedad en la que el varón guerrero, o el que usa armas metálicas, ocupa un lugar importante en la escala social, en la que hay unos jefes que muestran su poder, legitimado, directa o indirectamente por la coerción bélica, mediante la posesión de armas y joyas”, objetos que, muy probablemente, sólo eran utilizados por los combatientes de alto estatus²⁶. Con la aparición de las espadas a partir de finales del Bronce Medio, esta elite guerrera todavía reforzaría más su posición de dominio sobre el resto de la sociedad, al tratarse de productos de alto nivel y gran calidad técnica, al alcance de muy pocos individuos, y que, además, tienen sus paralelos en las Islas Británicas (Vázquez Varela 1996a, 39), lo que nos está hablando sobre unas elites que, mediante relaciones pacíficas o belicosas, mantenían contactos con ámbitos extrapeninsulares. Durante el Bronce final, el aumento de este tipo de armas, fundamentalmente de las espadas, que, en gran medida, coincide con lo que estaba sucediendo en otras zonas de la Europa Atlántica, pone de manifiesto el desarrollo de la actividad bélica y los cambios en el modo de combatir. Así pues, la evolución de la actividad bélica en el NO peninsular, en lo que respecta a la Edad del Bronce, sigue una evolución muy semejante a la del resto de Europa Occidental (Vázquez Varela 1996b, 21-22).

El hallazgo de armas, no sólo espadas sino una panoplia mucho más variada, durante la Edad del Bronce gallega no es el único indicio con que contamos para plantear el carácter belicoso de estas sociedades. En esta misma dirección apuntan los petroglifos con representaciones de armamento que evidencian el valor simbólico de las armas y son el reflejo de un poder de tipo secular, remitiéndonos a la fuerza del héroe, al mundo del varón y, por tanto, a la guerra (Vázquez Varela 1994, 118). De hecho, algunas de las rocas decoradas con representaciones de armas han sido interpretadas dentro de contextos claramente guerreros, tal y como sucede, por ejemplo, con los petroglifos de Auga da Laxe I o de la Pedra das Ferraduras.

Para el caso concreto de Auga da Laxe I (Vázquez Varela 1995b, 43 ss.) se ha planteado la posibilidad de que se tratase de un santuario o de un lugar destinado a las reuniones de guerreros o con alguna actividad vinculada con la guerra o con ritos comunitarios

26 Osgood (1998, 37) ha apuntado, también, este carácter del armamento de metal como un medio de prestigio que sólo estaría al alcance de los jefes o líderes bélicos; en su opinión, las armas realizadas con materiales orgánicos serían mucho más usadas, en la Edad del Bronce, que las fabricadas con metal.

(¿posible lugar de asambleas comunitarias?) que habría estado vigente durante la Edad del Bronce, tal y como parece confirmarlo la presencia de representaciones de armas de inicios de dicho período y de una espada, de gran tamaño, que, en caso de tratarse de un tipo lengua de carpa, llevaría la utilización de dicho espacio hasta el 900/750 a.C.²⁷. Estos petroglifos, según Vázquez Varela (1995b, 59), serían la expresión de una ideología guerrera, legitimadora de algún tipo de poder y de la comunidad o cofradía de guerreros que ante dicha roca celebraba ritos de agregación. Por lo que respecta a la Pedra das Ferraduras, las hipótesis que se manejan para su interpretación pasan por considerarla como un posible escenario de ritos iniciáticos; la roca, por sí misma o como escenario o telón de fondo de las actividades sociales que en ella se desarrollaban, transmitiría una serie de valores y creencias vinculadas, a juzgar por lo que en ella se representa, con la caza, la guerra, con el mundo del varón, al mismo tiempo que también podía transmitir creencias relacionadas con el mundo de los antepasados y con la muerte; valores, todos ellos, que coinciden con los que caracterizan a los ritos iniciáticos de paso a la edad adulta. También es probable que este petroglifo fuese el escenario en el que se desarrollaban determinados rituales guerreros, podría tratarse de una indicación que informase sobre el entorno natural en que se encuentra la roca, proporcionando, por ejemplo, información útil para la caza o, por último, que a lo largo de su utilización, quizás con anterioridad a la Edad del Bronce, haya sido un santuario vinculado con las creencias en la muerte (Vázquez Varela 1995b, 72-75).

Atendiendo a estas características generales, creo que se podría caracterizar la sociedad del Bronce medio y final galaico dentro de lo que Clastres (1988, 222) definió como una sociedad con guerreros, es decir, una sociedad en la que, pese a que en ella “todos los hombres hacen de tiempo en tiempo la guerra, [...] un cierto número de ellos están constantemente embarcados en expediciones guerreras, aún en el caso de que la tribu se encuentre, provisoriamente, en paz relativa con los grupos vecinos: hacen la guerra por su propia cuenta y no para responder a un imperativo colectivo”²⁸. Estos grupos de guerreros de la Edad del Bronce galaica son los que, a través del registro, se nos presentan conformando esa elite guerrera portadora de espadas y joyas, capaz de movilizar a grupos de hombres para la realización de incursiones bélicas.

27 La mayoría de los autores consideran, no obstante, que se trataría de una espada pistiliforme, lo que situaría su cronología entre 1000-850 a.C. (Vázquez Varela 1995b, 47). De todos modos, la representación de esta espada, posterior al resto de las armas grabadas en la roca, nos estaría hablando, indirectamente, del surgimiento y desarrollo, en esta área, de elites guerreras en la Edad del Bronce.

28 Serían los guerreros, los especialistas belicos, quienes poseerían armas de metal, mientras que el resto de la población, que se dedicaría esporádicamente a la guerra, utilizaría armas fabricadas con materiales orgánicos, como lanzas, mazas, etc. Esta especialización de un grupo guerrero explicaría esa dualidad entre armamento metálico y no metálico que Osgood (1998, 37 ss.) ha puesto de manifiesto para el Bronce final del N de Europa, de ahí que, pese a la presencia de estos especialistas, se pueda afirmar, como hace el propio Osgood, que la guerra no era sólo la ocupación de una elite y que en las bandas guerreras también participaban individuos procedentes de grupos sociales inferiores (Osgood 1998, 37).

De la caracterización de la guerra en el NO peninsular en la Edad del Bronce que acabamos de esbozar, lo que más interesa destacar ahora es, precisamente, que contamos con datos que apuntan a la existencia de elites guerreras que, posiblemente, dirigían grupos de guerreros, muy probablemente cofradías, a las que se debía acceder a través de la realización de algún rito de iniciación. Estas características conviene tenerlas en cuenta pues se trata de los mismos rasgos que vamos a ver aparecer en esta misma área en la Edad del Hierro prerromana. Tal continuidad no debería sorprendernos si tenemos en cuenta que, desde hace varias décadas, se viene defendiendo el carácter de la cultura castreña y, por tanto, de la sociedad del Hierro del NO como una evolución endógena a partir del mundo del Bronce Final (por ejemplo: Peña Santos 2003, 111-118; Calo, Sierra 1983). De hecho, el fenómeno del surgimiento de los castros en el NO peninsular, en concreto en el área occidental del sector septentrional portugués, se puede datar en el Bronce Final (González Ruibal 2003, 25 ss., Queiroga 2003, 21 ss.). Así pues, y ateniéndonos al registro arqueológico, resultaría sorprendente que en dicho proceso de evolución y transformación entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, las sociedades del cuadrante noroccidental de la Península hubiesen perdido todo ese carácter guerrero que parece atestiguar a fines de la Edad del Bronce para convertirse, con el inicio de la Edad del Hierro en estas regiones, en pacíficas sociedades campesinas; argumento, que creo, viene a debilitar, aún más, ese intento de pacificación de la protohistoria galaica.

No obstante, en el paso del Bronce al Hierro se produjeron discontinuidades importantes y considerables transformaciones. La primera de ellas viene dada por la sedentarización de la sociedad, con todo lo que ello implica (Parcero 2002, 143-144). Centrándonos en el ámbito de lo estrictamente bélico, que es lo que aquí nos interesa, entre el mundo de la Edad del Bronce y el de la Edad del Hierro se aprecian una serie de cambios considerables. Bradley (1998, 243) ha indicado, a partir de la coincidencia en Castriño de Conxo (Santiago de Compostela) de petroglifos con representaciones de armas y un castro de la Edad del Hierro, las diferencias entre la práctica bélica en ambos períodos: frente al carácter simbólico de defensa de la comunidad que pueden implicar los petroglifos de Edad del Bronce, en la Edad del Hierro esa sensación de defensa se hace mucho más manifiesta a través de las murallas y la fortificación de los asentamientos. Bradley (1988, 251) también ha señalado que, dentro de la Edad del Bronce del NO, los petroglifos con representaciones de armas se ven sustituidos, a finales de dicho período, por los hallazgos de armas, fundamentalmente en depósitos rituales en las aguas. A modo de hipótesis, podemos plantear que esta sustitución del arma representada por el propio objeto quizás nos esté indicando la conversión del guerrero en héroe, es decir, del guerrero especializado que, a través de la actividad bélica, ratifica su posición de privilegio dentro de la sociedad a la que pertenece²⁹ y que se presenta como poseedor de una de esas costosas armas que

29 Situación de privilegio que, muy probablemente, también se puede estar plasmando en las estatuas-estelas de guerreros, datables en la Edad de Bronce, aparecidas en el N de Portugal (S. João de Ver, las dos estatuas aparecidas en el área de Chaves: la del río Tâmega y la de Faiões; Queiroga 2003:

aparecen en los depósitos y que, como indicó Osgood (1998, 2), “no eran simples “instrumentos de guerra” sino objetos llenos, por derecho propio, de poder, tanto como símbolos y como artefactos casi mágicos, de ahí el trato especial que reciben en las tumbas. Siendo posible, incluso, que las armas tuviesen una biografía independiente con respecto a la de sus propietarios”³⁰.

Este cambio se podría estar atestiguando, por ejemplo, en la diferencia que existe entre las representaciones de petroglifos en los que aparecen grupos de armas (alabardas, puñales y escutiformes) que nos pueden estar hablando sobre formas colectivas de guerra, de enfrentamientos entre grupos³¹, y las espadas encontradas en muchos depósitos del Bronce Final que nos están informando sobre “un tipo de lucha y representación en la cual el individuo y el combate entre campeones poseen una especial relevancia social” (González Ruibal 2003, 110)³².

Esta situación vuelve a cambiar con el paso de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, momento en que, de nuevo, se transforma la práctica bélica. Este cambio no sólo se atestigua en el NO de la Península sino también en el conjunto de Europa septentrional. La generalización, en Europa, de la lanza arrojadiza y la espada, así como del escudo y

figs. 56.1 y 57.2) y en la jerarquización, apreciable también en el área septentrional portuguesa, entre asentamientos: hábitats fortificados y asentamientos sin fortificación, en los que los primeros, como ya hemos señalado páginas atrás, podrían haber actuado como lugares centrales y haber sido las residencias de estas élites guerreras.

- 30 Argumento señalado, también, por Kristiansen 2002, 329-331. Esta importancia de las armas se conserva, por ejemplo, en la tradición literaria y legendaria céltica a través del armamento mágico: ver, a este respecto, Ettingler 1945.
- 31 Presunción que derivamos del hecho de que, como ha señalado Santos Estévez (2004, 180), en este tipo de petroglifos, las armas aparecen representadas “en *posición activa*, es decir, que parece sugerir que están siendo empuñadas”, al haber sido grabadas “en una superficie vertical o mínimamente inclinada y presentar el filo orientado hacia arriba”.
- 32 Variación en la táctica bélica que quizás también se manifieste en la aparición en el petroglifo de Auga da Laxe I (*vid. supra*) del grabado, en gran tamaño, de una espada del Bronce Medio o Final junto a representaciones de armas de inicios de Edad del Bronce. No debemos considerar, sin embargo, que la aparición del combate singular habría implicado una transformación total de las prácticas bélicas anteriores que hubiese puesto fin a otras formas de enfrentamiento bélico, como las escaramuzas entre grupos de guerreros. Creo que el caso griego ejemplifica a la perfección esta situación: en la sociedad homérica, el combate singular era un recurso mediante el que dar una solución, de tipo bélico, a un conflicto entre grupos o comunidades. Se trataba, por tanto, de un sustituto de la batalla, de una forma de minimizar las posibles consecuencias desastrosas de aquella, o de un duelo que tenía lugar durante el desarrollo de la misma (Van Wees 1992, 200 ss.; para las formas homéricas de la guerra ver, además, Van Wees 1988 y 1994). Esta consideración del combate singular como recurso para dar salida a un conflicto entre comunidades se siguió conservando durante el alto arcaísmo griego (ver Fernández Nieto 1975, 37-69). Se trata de un tipo de prácticas que, con una finalidad similar, también aparecen en otros contextos culturales, tal y como sucedía, por ejemplo, con las “guerras florales” dentro del mundo azteca: enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre un número mínimo de soldados de cada una de las dos partes enfrentadas y que, en realidad, eran un medio que se solía utilizar a la hora de tratar con adversarios difíciles sin arriesgar mucho (Hassig 1992, 86). Con respecto al combate entre campeones en la Edad del Bronce europea ver, también, Osgood 1998, 82 ss., para el caso de Escandinavia, y Kristiansen 2002, 329. El combate singular también se practicó, en la Edad del Hierro, entre las poblaciones celtas, como, por ejemplo, los galos (ver Brunaux 2004, 63-649).

de los asentamientos fortificados, ha sido interpretada como indicativa de un cambio en la táctica bélica que estaría vinculado con la aparición de una guerra mucho más estática, basada en el enfrentamiento entre grupos de combatientes (Osgood 1998, 81). A partir de este momento comenzaría a cobrar importancia, como forma de combate, el *raid* armado, la incursión protagonizada por un pequeño grupo de combatientes, que ya se había venido practicando, junto con otras formas de guerra, en momentos anteriores de la Edad del Bronce (Osgood 1998, 9)³³. Entre las causas a que se recurre para explicar este cambio en la actividad bélica en Europa septentrional durante el paso del Bronce final al Hierro, con frecuencia se menciona que, a partir de este momento, lo que se busca con las expediciones bélicas son los recursos metálicos; argumento que también se utiliza para explicar la aparición de lugares fortificados que se interpretan como los emplazamientos desde los que se dominarían y controlarían las rutas de comercio por las que circulaba el metal (Osgood 1998, 85). Las principales vías de circulación del metal en esta época habrían sido los cauces fluviales, de ahí que, en gran parte de Europa, aparezcan depósitos de objetos metálicos, entre ellos armas, con mucha frecuencia, en los ríos y otras zonas húmedas. Los ríos, como consecuencia de este papel como vías de comercio de bienes metálicos, habrían sido los principales escenarios de combates durante este período. Los *raids*, las

33 Randsborg (1999) también ha constatado este cambio en las formas de hacer la guerra en el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Para este autor (Randsborg 1999, 202), la desaparición de la espada y la aparición de una panoplia constituida, fundamentalmente, por la lanza, el escudo y el puñal y de un modelo de guerra diferente al de Edad del Bronce sería “on the one hand the result of a general shift towards lance-shield fighting (with rather cheap weapons), at work even before c. 700 BC, on the other the result of the particular Greek development towards elaboration of weaponry, both offensive and defensive, and the tactics connected with “regimental” or phalanx fighting in the open field, which in turn had a tremendous effect on European warfare [...] the rise of the lance-shield fighting, and thus of european infantry, was seemingly the result of the decline of aristocratic norms and lifestyles (and high productivity) at the end of the Mediterranean Bronze Age. The phalanx is concomitant with the rise of poorer but focused and highly competitive societies, in Greece as across Europe”. Afirmaciones que, en mi opinión, resultan, cuando no erróneas, sí, al menos, muy arriesgadas. Creo que es un error afirmar que con los cambios en la táctica se asiste a la difusión del combate en formación cerrada (tipo falange griega o legión romana) y, al mismo tiempo, una manifestación del desconocimiento de lo que implicaba el combate en formación cerrada, tanto desde el punto de vista táctico (a este respecto simplemente remitiré, desde aquí, a los trabajos de Hanson 1990 para el caso griego y Sabin 2000 para el romano) como ideológico, en tanto en cuanto que, para el caso de la falange, sabemos que ésta era la manifestación, en la táctica bélica, del ideal isonómico de la ciudad estado-griega (Detienne 1968); condiciones ambas, tanto táctica como social, que no parecen haber cumplido las otras poblaciones europeas en esta misma época. A favor de esta crítica a la hipótesis de Randsborg podemos mencionar, además, que, gracias a las noticias de los autores griegos y latinos, sabemos que los pueblos bárbaros europeos no combatían en formaciones cerradas (tipo falange o legión; así, por ejemplo, véase lo afirmado por Thompson 1958, 3-5, con respecto a la forma en que se enfrentaban los antiguos germanos a los ejércitos legionarios romanos). El error de Randsborg radica, a mi entender, en haber confundido el combate en grupo, el combate colectivo, con el combate en formación cerrada; la primera forma de combatir es la que parece atestiguar en gran parte de Europa desde inicios de la Edad del Hierro, la segunda, por su parte, sólo se desarrolla desde época temprana en Grecia. Una hipótesis similar a la de Randsborg, en tanto que defiende el conocimiento de la táctica de infantería en formación cerrada, la poliorcética, etc..., ha sido planteada, en mi opinión con argumentos no muy sólidos, por Gracia Alonso (2003) para el mundo ibérico.

incursiones rápidas en busca de botín por territorio enemigo que, como ya se señaló, pasaron a constituirse en la principal estrategia de combate de las sociedades del Bronce Final, se dirigirían hacia los cursos fluviales (Osgood 1998, 86-89) que, de ese modo, también serían utilizados como rutas de avance por las bandas armadas de guerreros para sus objetivos bélicos: tanto para el asalto a áreas con lugares fortificados involucrados en el comercio del metal como para intentar cortar, en plena ruta fluvial, el avance de dichas mercancías hacia los centros que actuaban como nudos de las redes de comercio.

Para el caso del sector septentrional portugués, Queiroga considera que el origen de la fortificación y del conflicto bélico en el paso del Bronce Final al Hierro vino provocado por las mismas causas que hemos visto que utilizaba Osgood para dar cuenta de ese mismo proceso en el N de Europa. En su opinión (Queiroga 1998, 101), las primeras estructuras defensivas que se atestiguan en esta zona estarían estrechamente relacionadas con la extracción del metal y con las actividades metalúrgicas a escala local. Para el conjunto del Noroeste lo que sí se percibe en el registro durante la transición Bronce-Hierro es una transformación en la sociedad, estrechamente vinculada con el proceso de sedentarización y con la importancia del trabajo colectivo en la construcción de los castros. Se trata de un proceso que implica un cambio de gran importancia en el registro arqueológico pues éste nos deja de hablar, fundamentalmente, de unas elites guerreras para pasar a hablarnos de todo el grupo que habita en los castros. Como ha indicado González Ruibal, estamos, muy probablemente, ante “una construcción ideológica en la que se enfatiza la isonomía y la colectividad” y no ante una situación real de igualdad. “Sin embargo, es un cambio sustancial el énfasis en el grupo frente al individuo, énfasis que puede observarse en otros ámbitos como la guerra” (González Ruibal 2003, 150). Este cambio en la organización social explicaría, precisamente, la transformación del armamento que, al igual que en otras zonas de Europa, también se aprecia en el Noroeste peninsular: “el peso en el individuo –la lucha entre campeones– comienza a desaparecer y gana importancia la comunidad: así se explica la desaparición de las espadas largas tan abundantes en el Bronce Final y su sustitución por los puñales. El cambio en la representación de la violencia se puede observar, en el caso del Noroeste, en el volumen de armas y su contexto de deposición. Los puñales, durante la Edad del Hierro, son mucho más abundantes que las espadas durante el período anterior, mientras que la democratización y generalización de la guerra se advierte en la relativamente frecuente aparición de armas en contextos domésticos” (González Ruibal 2003, 179). Estaríamos, por tanto, ante una forma de guerra comunitaria, colectiva, que compromete a toda la comunidad y no sólo a una elite de especialistas. Esta democratización del combate también implicó, muy probablemente, una violencia mayor que en la Edad del Bronce, en la que los daños se veían muy restringidos por el tipo de combate practicado, como, por ejemplo, el enfrentamiento entre campeones.

Retomando, así pues, las opiniones de Clastres, podemos afirmar que frente a aquella “sociedad con guerreros” que caracterizó al Noroeste peninsular durante el final de la Edad del Bronce, en la primera Edad del Hierro (Hierro I) se atestigua, en estas mismas regiones, la aparición de una auténtica “sociedad guerrera”, es decir, aquella en la que

“todos los hombres son guerreros potenciales porque el estado de guerra es permanente y son guerreros efectivos cuando estalla, de tiempo en tiempo, el conflicto armado. Y es justamente porque la totalidad de los hombres está siempre preparada para la guerra que no se puede diferenciar, en el seno de la comunidad masculina, un grupo más guerrero que los otros: la relación con la guerra es igual para todos” (Clastres 1988, 221).

El propio Clastres (1988, 222) indicó la posibilidad de que una sociedad guerrera se transformase en una sociedad con guerreros y viceversa; para que se diese la segunda posibilidad sería preciso que se produjesen una serie de cambios, tanto externos (aumento de la agresividad entre grupos vecinos o debilitamiento de los mismos que favorecería que se les atacase) como internos (exaltación del *ethos* guerrero). El paso de una sociedad con guerreros a una sociedad guerrera se produciría siempre que se produjese un cambio en la ética tribal o en el contexto sociopolítico que moderase el gusto por la guerra o limitara su campo de aplicación. En todo caso, este camino, como bien apuntó Clastres, sería la consecuencia directa de una historia y de una etnografía particular y local. En el Noroeste peninsular, al menos en algunas de sus áreas, fundamentalmente en el sector meridional (S de Galicia y N de Portugal), parece que volvemos a tener atestiguado otro proceso de este mismo tipo en un momento más avanzado de la Edad del Hierro, con el paso de la Primera Edad del Hierro a la Segunda Edad del Hierro y, sobre todo, una vez avanzada esta segunda fase, fundamentalmente a partir del siglo II a.C., época en la que por todo esta área sur del NO comienzan a aparecer grandes asentamientos (*oppida*) en los que se documentan diferencias sociales entre sus habitantes que, por ejemplo, se plasman, como ha visto González Ruibal (2003, 316), en la plástica. La presencia de motivos decorativos en las jambas y dinteles de las puertas o formando un friso a lo largo del muro de algunas de las viviendas de estos *oppida* meridionales nos están indicando, probablemente, que estarían habitadas por individuos que ocupaban una posición privilegiada (González Ruibal 2003, 317). En esta misma zona también aparecen, con una datación que los sitúa en una época coetánea a las de estas decoraciones, las estatuas de guerreros galaico-lusitanos que, muy probablemente, representan, de forma idealizada, divinizada o heroizada, a esa elite³⁴. Una elite que, por tanto, era vista por el resto de la población y que, al mismo tiempo, se consideraba a sí misma como guerrera. Todo parece indicar, así pues, que nos

34 Sentido en el que han sido interpretadas, por ejemplo, por Almagro-Gorbea, Lorrio (1989, 418). Una hipótesis similar es la que maneja Tranoy (1988, 223), para quien no serían el retrato de un jefe guerrero concreto, sino un medio a través del que la comunidad del castro afirma su fuerza, una especie de héroe o divinidad tutelar de la comunidad con la que se podía identificar el jefe del grupo. No obstante, otros autores defienden la posibilidad de que se traten de auténticos retratos; así, por ejemplo, Silva (2003, 47) sostiene que están más cerca del retrato que de una concepción simbólica, o Alarcão (2003, 116) quien considera que se trata de representaciones de príncipes indígenas, de jefes, históricos. La interpretación “pacifista” minusvalora el componente belicoso de estas estatuas y, para ello, se les concede una datación tardía, de época romana, y se las interpreta como las representaciones de personajes míticos fundadores del castro o de individuos principales de la comunidad, más o menos mitificados; se trataría, en concreto, de estatuas erigidas en honor de los notables de los castros que colaboraron con Roma (Calo, 1994, 685-686; Peña 2003, 175-176). Para una revisión historiográfica de la investigación sobre esta estatuaria ver Höck 2000. El hallazgo, en Sanfins (Calo 1983: 180), de los pies de un guerrero castreño *in situ* junto

encontramos ante un nuevo proceso de transformación de las sociedades del NO que, a partir del Hierro II, dejan de ser “sociedades guerreras” para convertirse en “sociedades con guerreros”. Este proceso también parece atestiguar en el sector septentrional del Noroeste, si bien, en este caso, la constitución de esa elite se puede percibir a través de otros materiales distintos a los que veíamos que nos indicaban la existencia de este fenómeno en las regiones meridionales: la orfebrería³⁵. A finales de la Edad del Hierro, “el adorno del cuerpo parece haberse convertido en una obsesión de mujeres y hombres, especialmente para los pertenecientes a los grupos dominantes” (González Ruibal 2003, 338). Por lo que a nosotros nos interesa, es decir, los materiales que nos pueden informar sobre la creación de una elite guerrera, los torques son un indicio de la aparición de este elite y de su carácter como grupo guerrero³⁶.

Las diferencias entre estas dos áreas no sólo se aprecian en las distintas manifestaciones en que, en el registro, se percibe la presencia de esa elite guerrera, sino también en el armamento, diferencias que, en última instancia, serían fruto de la distinta organización social de unas comunidades y otras. En el sector meridional predominaría un tipo de falcata, diferente a la ibérica, que, junto con las informaciones que nos proporcionan las estatuas de los guerreros galaico-lusitanos³⁷, las que nos ofrecen las descripciones de los

a la entrada del castro ha permitido poner fin a antiguas hipótesis que defendían el carácter funerario de dichas imágenes. No obstante, y pese a ello, la hipótesis funeraria sigue teniendo, sin embargo, defensores dentro de la investigación actual, como Pena Graña (2001, 50) quien considera que estas estatuas serían representaciones de guerreros heroizados o de dioses pensadas “para ser colocadas enriba dun túmulo funerario” de la Edad del Hierro, enterramiento, por lo demás, no constatado en el registro del NO peninsular.

- 35 Ello no quiere decir que en el sector meridional no exista la orfebrería, que, de hecho, sí existía y que, por ello, también cumplió su misión como elemento diferenciador de la aparición de una elite guerrera. De hecho, los torques y otros tipos de joya formaban “parte importante de la ostentación social en el área de los *oppida*” (González Ruibal 2003, 372). La diferencia entre ambas áreas radica en que, en el caso del Sur, contamos con más indicios que la orfebrería (fundamentalmente la plástica en piedra) para defender el surgimiento de estas “aristocracias” guerreras, mientras que en el N (en las actuales provincias de A Coruña y Lugo), área en la que se produce la mayor concentración de hallazgos de torques, el único indicio para poder defender la aparición de este grupo nos lo ofrecen, precisamente, las joyas castreñas.
- 36 El uso del torques en la Edad del Hierro europea se encuentra estrechamente vinculado con los jefes guerreros o los personajes divinos (Brun 2002, 47, 52-53 y 56; Olivier 2002, 81 y Marco Simón 2002, 69-71). Esta vinculación entre torques y actividad bélica también ha sido criticada, en los últimos tiempos, por los autores que defienden una interpretación “pacifista” del mundo del Hierro del NO peninsular. Así, por ejemplo, Perea (2003, 147-148) considera que los torques son bienes que pertenecen a todo el grupo que habita en un castro; serían, después de la muralla, el segundo gran referente de las comunidades castreñas, un objeto que hace alusión al grupo y a su capacidad económica, llegando a afirmarse que no sería un adorno ostentado y exhibido por una persona como muestra de su riqueza personal, sino que se trataría de un objeto que se enterraría y se ocultaría en el entorno del castro, probablemente como sanción de transacciones políticas intergrupales o como reserva de riqueza colectiva de la comunidad (en esta misma línea ver también Sastre 2001, 70-73).
- 37 Quesada (2003, 104-105) ha señalado que el armamento representado en dichas estatuas se puede datar entre mediados del siglo II a.C. y mediados del siglo I d.C., tratándose, por tanto, de un armamento real; si bien, también ha apuntado que la panoplia que portan las estatuas de guerreros galaico-lusitanos no ofrecen una imagen de la panoplia completa, es decir hay armas utilizadas que no aparecen representadas.

autores antiguos³⁸ y los restos de armamento recuperados por la arqueología³⁹, nos permiten reconstruir, en líneas generales, la panoplia de uno de estos jefes guerreros: *caetra* (pequeño escudo circular), casco (posiblemente de tipo montefortino, como, por ejemplo, el dragado en Tui o el que porta la estatua del guerrero de Sanfins), túnica (probablemente de lino, con o sin decoración) joyas (torques, collares rígidos, y *viriae*, brazaletes), cinturón y un par de lanzas. El resto de los guerreros llevarían un equipo militar más sencillo: lanzas, *caetra* y *falcata* (González Ruibal 2003, 352). Por lo que respecta al sector meridional del NO peninsular, el armamento sería distinto: en vez de *falcatas* aparecen los puñales de antenas (González Ruibal 2003, 354), que también se conocen en el sector meridional galaico. El hecho realmente interesante es que, tanto en el sector meridional como en el septentrional, el tipo de armamento que aparece nos parece estar hablando de una misma forma de hacer la guerra. Es, precisamente, al análisis de las tácticas bélicas que se conocieron y practicaron en el NO en la Edad del Hierro a lo que dedicaremos las siguientes páginas.

3. LAS FORMAS DE LA GUERRA EN EL NO PENINSULAR EN LA EDAD DEL HIERRO

El tipo de armamento que nos atestiguan las fuentes y la arqueología entre las poblaciones del NO peninsular nos habla de la práctica de un combate cuerpo a cuerpo, sin formaciones cerradas (tipo falange hoplítica griega o formación legionaria romana)⁴⁰. En

38 Estrabón III, 3, 6: “Así pues se dice que los lusitanos son hábiles en las emboscadas, propicios al espionaje, vivos, ligeros, ágiles en las maniobras; y que tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante, sujeto con correas: pues no tiene empuñaduras ni asas; además llevan un puñal o un cuchillo; la mayoría lleva coraza de lino; en cambio son raros los que usan la cota de mallas y los cascos de tres penachos, los demás, cascos hechos de tendones; los infantes llevan también grebas, y cada uno de ellos numerosos venablos; algunos usan incluso lanza (las puntas son de bronce)” [trad. F. J. Gómez Espelosín (Gómez Espelosín *et al.*, 2006)].

Diodoro Sículo V, 34, 5: “Los más valientes de los íberos son los conocidos como lusitanos que, en combate, portan unos escudos, pequeñísimos, de nervios trenzados, capaces, por su solidez, de proteger magníficamente el cuerpo. Manejan estos escudos con pericia, tal y como hacen en el combate, a uno y otro lado, y, con gran habilidad, evitan que sus cuerpos sean alcanzados por los golpes que se les lanzan. También utilizan unas jabalinas, hechas de hierro, y provistas de lengüetas y usan cascos y espadas similares a las de los celtíberos. Lanzan estas jabalinas a gran distancia con gran pericia y puntería. Dado que son ágiles y llevan armamento ligero, son diestros en la huida y la persecución, pero en lo que respecta a su resistencia en el combate trabado, resultan inferiores a los celtíberos”.

39 Lamentablemente carecemos de un estudio de síntesis reciente y detallado del armamento del NO peninsular en la Edad del Hierro; el trabajo de referencia sigue siendo López Cuevillas 1947; no obstante la reciente síntesis de González Ruibal (2003) presta atención a la cuestión del armamento, viniendo a cubrir así, en parte, esta carencia.

40 En este sentido hablarían, fundamentalmente, los cuchillos afalcatados del sector meridional, los puñales de antenas del área septentrional, la espada corta que portan las estatuas de guerreros galaico-lusitanos, con posibles paralelos en algunos puñales aparecidos en el NO (como los de Coto do Mosteiro o Sta.

este sentido, por tanto, los datos sobre el armamento nos vienen a confirmar el tipo de guerra que, de acuerdo con las fuentes antiguas, se practicaba en estas regiones: emboscadas, ataques por sorpresa, incursiones rápidas sobre el enemigo, aprovechándose de esa ligereza y agilidad con la que los autores antiguos caracterizan a estos guerreros. Se trata, por tanto, de acciones típicas de bandas de guerrilleros, de incursiones rápidas y por sorpresa, tipo *raid* o *razzia*, con las que se pretendía golpear al enemigo cogiéndolo desprevenido y poder llevarse la mayor cantidad posible de botín, aprovechándose, precisamente, del factor sorpresa⁴¹. El *raid* y la emboscada, como indica Keely (1996, 65) son las formas de combate más comunes entre las utilizadas en la guerra primitivas. Es un tipo de combate que, como ya he indicado, parece que fue practicado en la Europa templada y probablemente, también, en el NO peninsular durante la Edad del Bronce, contando, así, con cierta tradición en esta área. Se trata de un tipo de combate muy bien representado, también, en la Europa de la Edad del Hierro, como, por ejemplo, entre los galos (Brunaux 2004, 64-65) o los germanos (Thompson 1958, 5) e, igualmente, entre muchos pueblos de la Hispania antigua (Fernández Canosa 1987, 150-151; Ciprés 1993, 43 ss.; Almagro-Gorbea 1997, 208-210; Almagro-Gorbea, Lorrio 2004, 78 ss.).

Esta táctica se encuentra íntimamente ligada no sólo con la guerra sino también con las más primitivas formas de economía de estas sociedades. Sabemos, de hecho, que con mucha frecuencia estas *razzias* tenían como finalidad la búsqueda del ganado, la forma de riqueza mueble por antonomasia entre las poblaciones indoeuropeas⁴², entre las que

Trega) y las lanzas, así como la caetra, tipo de escudo que, como nos recuerda Gracia Alonso (2003, 205) al contar, como sistema de agarre, con una pequeña concavidad que servía para introducir el puño y aguantar el escudo, no tenía como única finalidad la protección del cuerpo sino que también se utilizaba para, manteniendo la caetra alejada del cuerpo, realizar una defensa agresiva, adelantándose para detener el golpe del contrario y replicar a continuación; haciendo, por tanto, un uso del escudo similar al que que nos informa Diodoro (V, 34, 5) entre los lusitanos. Por sí solo, este uso de la caetra ya nos está manifestando, por tanto, que se trata de un arma pensada para el combate singular y no para la lucha en formación cerrada.

41 Un fruto directo de la práctica de este tipo de acción bélica, sería esa falta de tenacidad en el combate trabado de que los acusa Diodoro (V, 34, 5; *vid. supra*). Recuérdese que esta misma táctica es la que caracterizó a las incursiones lusitanas sobre territorio bajo control romano que acabarían desembocando en las guerras lusitanas, que es esta misma actividad bélica la que, para Estrabón (III, 3, 5) caracteriza a todos los pueblos del N peninsular y que, como nos informan Dion Casio (LIII, 25, 2) y Orosio (*Adv. pag.* VI, 21), este mismo tipo de ataques por parte de cántabros y astures sobre territorios bajo control romano fue lo que proporcionó a Roma el *casus belli* para las Guerras cántabras.

42 Al menos por lo que se deduce de los análisis lingüísticos de Benveniste (1983, 40) quien ha señalado que el radical indoeuropeo **peku* significó, en origen, “riqueza mobiliaria personal” y sólo como consecuencia de la frecuente asociación entre la riqueza mueble y la ganadería, típica de sociedades ganaderas, acabó designando al ganado para, posteriormente, especializarse como designación del “ganado menor” y del “ganado ovino”. Buena prueba de esta importancia de la expedición en busca de ganado nos la ofrece la literatura medieval irlandesa, una de cuyas obras cumbres, el *Táin Bó Cuailnge*, “Razzia del ganado de Cuailnge” (Alberro (ed. y trad.) 2005, 125-306), tiene como tema central, precisamente, una acción de este tipo. La epopeya homérica también nos da cuenta de este tipo de actividad, así, por ejemplo, los relatos de juventud de Néstor sobre las *razzias* en que participó, siendo joven, en Élide (*Il.* XI, 668 ss.; con respecto a esta práctica en el mundo griego ver Walcot 1979).

se incluyen los pueblos del NO peninsular, tal y como, por lo demás, corresponde con poblaciones que, en origen, fueron ganaderas⁴³. No obstante no se debe vincular este tipo de incursión bélica con una supuesta necesidad económica, como vimos que se ha hecho en el pasado a la hora de hablar sobre el “bandolerismo” lusitano, pues la motivación que lleva a estas bandas de guerreros va más allá del simple beneficio económico, buscando, como ha indicado Fernández Canosa (1987, 152), “a glória e o prestígio social que dá a guerra”⁴⁴.

Para el caso del Noroeste peninsular, sabemos, a partir del análisis de las fuentes literarias antiguas (Bermejo Barrera 1978, 17-18 y 1986, 55), de la existencia de una diferenciación, por sexos, de la riqueza: a las mujeres les correspondería la tierra, mientras que sería propia de hombres una riqueza mueble, compuesta, fundamentalmente, por ganado o adornos áureos, como torques o *viriae*⁴⁵. García Quintela (1999, 275 ss.) ha mostrado la íntima relación existente entre esta forma de riqueza masculina, el ganado, y la actividad bélica, dedicación varonil, también, por excelencia; hasta tal punto que sólo con esta íntima vinculación en mente podemos llegar a comprender noticias como las que no ofrece Dion Casio (XXXVII, 53) con respecto a un acontecimiento ocurrido durante la campaña de César por el NO en 61 a.C., cuando “los pueblos atacados por César pusieron ante su ejército sus rebaños para que los romanos los tomasen como botín y, una vez dispersos, atacarlos con ventaja” (García Quintela 1999, 278). Esta forma de

43 Importancia que, por ejemplo, se manifiesta en su universo simbólico y mítico que, como indicó Lincoln (1991, 177 ss.), cuenta, en la mayoría de las mitologías indoeuropeas, con un mito en el que se narra la primera correría en busca del ganado. Con respecto a la importancia de la ganadería entre los pueblos no sólo del NO sino del área septentrional de la Península Ibérica ver: Torres Martínez 2003, 153 ss.; Sánchez Moreno 1998.

44 Sin embargo, como ya hemos indicado páginas atrás al hacer referencia a las “zonas tribales”, las formas tradicionales de la guerra se pueden ver afectadas por la presencia o conquista de estos territorios por estados coloniales. Los kuria, una población agro-pastoril del límite fronterizo entre Tanzania y Kenia, ofrecen, como ha señalado Fleischer (2000), un magnífico ejemplo de cómo las *razzias* tradicionales en busca de ganado, cuya finalidad era aumentar la cabaña ganadera del grupo y lograr prestigio para los guerreros que en ellas participaban, se transformaron, como consecuencia del control colonial británico y de la influencia de la economía capitalista, en expediciones para el abastecimiento de carne para el mercado, de tal modo que el ganado que en ellas se obtenía pasó a ser vendido a carniceros e intermediarios que comercializaban su carne.

45 Ver García Quintela 2002, 19-22. Esta vinculación entre riqueza y ganado, en especial el bovino, se apreciaría en registro arqueológico del NO peninsular a lo largo de toda la Edad del Hierro. Para el Hierro Final parece ser, no obstante, mucho más evidente para el sector septentrional pues, como sabemos, en el área meridional la posesión de la tierra parece cobrar importancia a partir de este momento: “en el norte es posible que el elevado número de bóvidos en los castros refleje el papel central que estos animales poseían como medio de acumulación de capital económico y social [...], mientras en el sur –sin menospreciar esta faceta– las vacas debían ser especialmente estimadas por su contribución a la agricultura: abonos y tracción, lo que explica que no aparezcan en número tan elevado como en el norte” (González Ruibal 2003, 231). Pese a esta transformación en las formas de riqueza, el ganado bovino pudo seguir conservando, dentro del sector meridional de la cultura castreña, su valoración tradicional como capital típicamente masculino, precisamente por su vinculación con la actividad guerrera.

actuar, según este mismo autor, sólo se puede interpretar si partimos de la base de que los indígenas, no acostumbrados a las prácticas militares romanas, consideraban que sus enemigos estaban llevando a cabo una campaña militar similar a aquéllas que ellos solían realizar sobre territorios enemigos en busca de botín, fundamentalmente, ganado. Al guerrero galaico-lusitano, por tanto, sólo se le presentaban dos medios a través de los cuales aumentar su patrimonio, su rebaño, el primero de ellos consistía en su dedicación a la ganadería, al pastoreo; el segundo pasaba por la actividad bélica, por el pillaje y saqueo de los rebaños de los pueblos vecinos. Por tanto, siguiendo a García Quintela (1999, 279), podemos suponer que “las formas concretas de la guerra desarrolladas por los pueblos del Norte estaban estrechamente relacionadas con la importancia de la ganadería y con la exclusividad que los hombres tenían con respecto a su cuidado en todas sus dimensiones: apacentamiento, vigilancia, defensa, robo”⁴⁶.

Esta actividad bélica se puede poner en relación con un pasaje de Diodoro (V, 34, 6) en el que se informa sobre la constitución, entre los lusitanos, de partidas bélicas, formadas por jóvenes, en las partes más remotas de las montañas⁴⁷. Estas bandas, a juzgar por el carácter de sus miembros (individuos jóvenes) y el lugar en que se reúnen (las zonas más salvajes) se pueden vincular con prácticas o rituales iniciáticos (Ciprés 1993, 147 ss.) propios de cofradías guerreras (Fernández Canosa 1987, 151-152; Peralta Labrador 1990, 60-61)⁴⁸. Dentro del ámbito cultural indoeuropeo tenemos constatadas, en muchas poblaciones, la existencia de este tipo de cofradías que, en líneas generales, podemos dividir en dos tipos distintos: el grupo de iniciación de jóvenes, formado por los muchachos en período de iniciación y los guerreros encargados de la misma, y las cofradías formadas por especialistas, por guerreros, (*Männerbund*) a cuyo frente se encuentra un líder o jefe (Miller 1997, 632; Scott Littleton 1993, 344-345).

Resulta una hipótesis altamente probable considerar que en el NO peninsular existieron, en la antigüedad, este tipo de cofradías guerreras. Para la Gallaecia y la Lusitania antigua ésta ha sido una hipótesis planteada, a partir del análisis de los textos literarios y de la documentación epigráfica, por García Fernández-Albalat (1990, 207-241), utilizando para ello, como modelo y contexto comparativo, las cofradías guerreras irlandesas (*fianna*). De hecho, los indicios sobre la existencia de este tipo de grupos de guerreros

46 El vínculo entre todas estas actividades masculinas creo que queda magníficamente aclarado en un pasaje de Dion Casio sobre Viriato (XXII, 73, 1-4) en el que se describe al caudillo lusitano como “de origen oscuro, según algunos, que logró gran renombre con sus hazañas, ya que de pastor llegó a ser ladrón y más tarde incluso general”. Con respecto a Viriato como líder y guerrero ver García Quintela 1999, 179 ss.

47 “Existe una costumbre muy típica entre los iberos y, en especial, entre los lusitanos que consiste en que cuando los jóvenes alcanzan el esplendor de su fuerza física, aquellos de entre ellos más pobres en bienes terrenales, pero destacados por su vigor corporal y su osadía, se reúnen, pertrechados exclusivamente con su valor y sus armas, en las zonas más seguras de los montes, donde forman bandas de un tamaño considerable y recorren Iberia acumulando riquezas mediante el pillaje”.

48 Sobre la relación entre jóvenes, espacios salvajes e iniciaciones véase lo expuesto en González García 2006a.

especializados en el área indoeuropea hispana son, tal y como ha expuesto Peralta Labrador (1990), numerosos⁴⁹.

De hecho creo que se puede dar por casi segura la presencia en el pasado, en esta área, de estos dos tipos distintos de cofradía guerrera. La existencia de grupos de guerreros especializados, ya intuible a partir de la evolución de las prácticas bélicas que parecen atestiguar en el registro y que hemos visto en páginas anteriores, es un hecho que también parece rastrearse en el comportamiento de Viriato y sus guerreros que, en opinión de Fernández Canosa (1987, 154; ver también García Quintela 1999, 279-282), eran combatientes profesionales. Por lo que respecta a las cofradías guerreras formadas por jóvenes en proceso de iniciación guerrera contamos, además de las noticias que nos ofrece Diodoro en el pasaje anteriormente citado, con una serie de indicios indirectos que apuntan a la existencia de rituales de iniciación guerrera en el NO peninsular. La propia práctica de la *razzia* en busca de ganado es, ya de por sí, una actividad vinculada con rituales iniciáticos de tipo guerrero⁵⁰. Es en esta línea, al menos, en la que parece que se pueden interpretar los usos y prácticas vinculadas con los monumentos tipo “*pedra formosa*” que aparecen en algunos castros gallegos, portugueses y asturianos y que han sido indentificados con saunas. Almagro-Gorbea y Álvarez Sanchís (1993, 211-221) consideran, tras realizar un exhaustivo estudio comparativo de esta “saunas”, que los baños que se realizaban en dichas construcciones tendrían lugar durante ritos iniciáticos de tipo guerrero⁵¹.

Junto con este uso iniciático de los baños de vapor, la onomástica indígena del NO también nos habla de la posible existencia de ritos iniciáticos. Brañas (1995, 221-253 y 2000, 109-142) ha puesto de manifiesto que, por ejemplo, el estudio etimológico los antropónimos indígenas parece que nos está hablando, directamente, sobre los valores de la sociedad de Edad del Hierro de esta área, íntimamente ligados con virtudes típicamente heroicas y guerreras, como la fuerza, el valor, la virilidad, el furor en el combate, con ideas estrechamente asociadas al poder y al prestigio guerrero⁵². Los nombres de persona, por tanto, parecen indicarnos que se trataba de una sociedad orientada, tanto en el plano material como en el ideológico, hacia la guerra⁵³. La presencia de nombres como Catu-

49 La hipótesis, a partir de este momento, sobre la existencia de este tipo de cofradías en el NO peninsular ha sido aceptada y seguida por diversos autores, como, por ejemplo, Ciprés 1993, 147 ss.; García Quintela 1999, 279 ss.; Almagro-Gorbea 1997, 208-209; Almagro-Gorbea, Lorrio 2004, 76 ss.; Brañas 1995, 331-332; González García 2003, 217-234.

50 Así parece atestiguar, al menos, en diferentes áreas indoeuropeas, como, entre otras, la India védica, Germania, el mundo céltico (ver, al respecto, Lincoln 1991, 117 ss. y 145 ss.;) o el mundo griego homérico (Walcot 1979, 334 ss.).

51 La utilización ritual de estas construcciones por parte de las poblaciones indígenas del NO también ha sido destacada por Armada Pita (2001, 66-70) quien, sin negar el uso iniciático de estos monumentos, defiende una posible vinculación entre los baños de vapor que se tomarían en ellas y otro tipo de ceremonias como los banquetes.

52 Con respecto al significado de los nombres en las sociedades primitivas y antiguas véanse las indicaciones de Brañas 2000, 109-113.

53 Pero no sólo la antroponimia sino también toda la onomástica en general, tal y como también parece apuntarlo el estudio de la toponimia realizado por Brañas (2000, 143 ss.).

ro, Ancetius, Camalus o Viriatus, entre otros, vinculables, todos ellos, con la actividad guerrera es, en mi opinión, un indicio de la existencia de rituales de iniciación dentro del mundo prerromano del NO. Los rituales de iniciación, como señaló Eliade (1987, 225 y 227-228), con frecuencia llevan aparejada la imposición de un nuevo nombre al iniciado; procedimiento que parece haber sido practicado entre los pueblos indoeuropeos⁵⁴ y que, muy probablemente, es el que se está reflejando en la onomástica personal indígena del NO.

Vemos, por tanto, que existen indicios sólidos para creer que, en el NO peninsular, existieron, durante la Edad del Hierro, cofradías guerreras a las que se accedía mediante ritos de iniciación⁵⁵; es decir, nos encontramos con una forma de organización bélica similar a la que, a través del registro arqueológico, parecía que también se descubría en la Edad del Bronce. Unas cofradías bélicas que practicarían una forma de guerra primitiva, caracterizada por el ataque rápido y por sorpresa sobre territorio enemigo, el *raid* o la *razzia*, y cuya finalidad era doble, por una parte, la obtención de un botín, principalmente ganado, que, entre los pueblos de estas regiones, era la forma de riqueza típicamente masculina, y, por otra, la obtención de prestigio para los guerreros que, a través de estas incursiones, verían reforzado su papel dentro de su grupo.

Son, así pues, bastantes los testimonios que nos permiten confirmar el carácter belicoso de las poblaciones del NO peninsular en época prerromana. Belicoidad que, como vamos a ver en las páginas finales del presente trabajo, fue aprovechada por Roma, en su propio beneficio, tras la conquista de estas regiones.

4. EPÍLOGO: ROMA Y LA DOMESTICACIÓN DEL GUERRERO TRIBAL

La conquista por Roma y la integración, dentro de la administración romana, del N y NO peninsular se produjo como consecuencia de las Guerras Cántabras y de las actividades militares de ellas derivadas, que podemos ubicar temporalmente entre el 26 y el 19 a.C. En los años inmediatamente anteriores a la primera de dichas fechas nos consta la

54 Situación de cambio de nombre que también se puede vincular con otras situaciones vitales, siendo, por tanto, frecuente el cambio de nombre de un individuo en algún momento de su vida (ver Brañas 2000, 115). La adopción de un nuevo nombre como consecuencia de la iniciación entre los pueblos indoeuropeos parece evidenciada, por ejemplo, en el caso irlandés con Cuchulainn quien originalmente se llamaba Setanta, “el caminante”, pero recibió el nombre con el que sería famoso, “el perro de Cúlan”, tras haber dado muerte a dicho animal y, como castigo, haber tenido que hacer de perro (ver Guyoncarc’h, Le Roux 1986, 126-128) o también, en el caso griego, con Aquiles, quien recibió tal nombre tras su estancia con el centauro Quirón, período que se debe interpretar como formativo e iniciático (Apolodoro, *Biblioteca mitológica* III, 13, 6; sobre la iniciación de Aquiles ver González García 1996, 257-2658). A modo de introducción a las características de los ritos y procesos iniciáticos ver La Fontaine 1987.

55 García Quintela (1999, 285-287) ha indicado otros posibles indicios, mucho más débiles, que apuntan, en esta misma dirección, hacia la posible existencia de rituales iniciáticos de tipo bélico como, por ejemplo, la caza de animales peligrosos, como el jabalí.

existencia de actividad bélica por parte de Roma contra los pueblos septentrionales de la Península⁵⁶ y, de hecho, tanto Dion Casio (LI, 20) como Floro (II, 33, 47) nos informan sobre campañas del ejército romano contra los cántabros o de incursiones de los pueblos septentrionales sobre las poblaciones indígenas ya sometidas a control romano, incursiones que habrían sido tomadas por Roma como causa desencadenante de las guerras contra cántabros y astures⁵⁷. No obstante, esta fecha como momento de la conquista y del inicio de la integración, dentro del Imperio romano, del actual territorio gallego ha sido puesta en entredicho por algunos autores.

Estas dudas derivan, fundamentalmente, del hecho de que la investigación, en las últimas décadas, ha tendido a minimizar la participación de los galaicos en las guerras cántabras, al margen de las conflictivas noticias de las fuentes sobre el monte Medulio y en el que la participación galaica deriva de la ubicación que se concede a dicho lugar. Los galaicos, de hecho, nunca aparecen mencionados en las fuentes como enemigos de Roma durante dicho conflicto, excepción hecha de un fragmento de Orosio que hace alusión a Gallaecia pero que, teniendo en cuenta la época en que fue redactada su obra, hay que aceptar con prudencia, pues, en ese período, Gallaecia abarcaba todo el N, incluidas la actual Asturias y parte de Cantabria (Tranoy 1981, 139).

Así pues, la tendencia actual dentro de la investigación arqueológica e histórica sobre las guerras cántabras considera que las operaciones bélicas se centraron, sobre todo, en el sector ástur-cántabro, en los territorios que posteriormente formarán parte del *Conventus Asturum*, y que la participación de las regiones de la actual Galicia se limitó, fundamentalmente, a servir como base de operaciones para el ejército romano y no como campo de batalla, como auténtico escenario del conflicto bélico. Este hecho ha provocado que se tienda a considerar que el territorio galaico ya había sido conquistado con anterioridad a esa fecha y, así, por ejemplo, algunos autores opinan que la conquista se produjo desde el 137 a.C., con las incursiones de D. J. Bruto⁵⁸, acelerándose a partir del 61 a.C. con las incursiones terrestres y marítimas de César por el NO

56 Tranoy (1981, 133-134) opina, siguiendo las noticias de los *Fastos Triunfales*, que los seis procónsules que recibieron triunfo por sus actuaciones militares en Hispania entre 36 y 26 a.C. debieron desarrollar dicha labor entre los pueblos del N de la Península Ibérica.

57 No voy a entrar aquí en el relato de los acontecimientos desarrollados durante el proceso bélico que supuso la conquista del sector septentrional de la Península Ibérica; para el relato de la conquista y una introducción a las diferentes interpretaciones que, sobre dicho conflicto, ha dado la investigación histórica a partir de las noticias aportadas por las fuentes, remito al lector a lo expuesto en González García, Brañas Abad 1995, 27-40 y a la bibliografía allí indicada, así como a otros trabajos posteriores, más recientes, como Rodríguez Colmenero 1996; González Echegaray 1999; Ramírez Sábada 1999; Morillo Cerdán 2002; Solana Sáiz 2004.

58 Expedición militar vinculada con las guerras contra los lusitanos y con la que se buscaba, una vez muerto Viriato, lograr pacificar el territorio lusitano hasta el Duero, río que atravesó, entrando, así, en el territorio de la posterior *Gallaecia* y venciendo a los galaicos, de ahí su sobrenombre de D. J. Bruto el Galaico con el que aparece mencionado en algunas de nuestras fuentes. Con respecto a esta expedición ver González García, Brañas Abad 1995, 13-18, con mención de fuentes y bibliografía contemporánea.

(Fernández Ochoa, Morillo Cerdán 1999, 32) o ubican en esta última fecha la conquista definitiva de dichos territorios (Calo 1997, 199-200)⁵⁹.

En realidad, los datos existentes para aceptar la actual Galicia como campo de batalla dentro de las guerras cántabras son bastantes escasos, por no decir inexistentes; ya no sólo los textuales sino, sobre todo, los arqueológicos. En los últimos años y como consecuencia de la intensificación, dentro de la Península Ibérica, de la investigación arqueológica dentro del campo de la arqueología militar romana (Morillo Cerdán 2005, 163 ss.), han aparecido indicios arqueológicos de la existencia de combates que se pueden poner en relación con las guerras cántabras en todas las áreas que se vieron afectadas por este conflicto bélico excepto en Galicia⁶⁰.

La falta de referencias al área gallega en las fuentes resulta explicable, y comprensible, como consecuencia de la pérdida de los libros del *Ab urbe condita* de Livio en que se exponía el relato de las guerras cántabras y que, como sabemos, fue la fuente principal para los autores, muy posteriores a dichos acontecimientos, que nos informan sobre dicho conflicto: Dion Casio, Floro y Orosio. Por lo que respecta a la ausencia de indicios de combates en el registro arqueológico, se trata de un hecho que se puede tomar como prueba de que la conquista del actual territorio gallego fue pacífica; no obstante, la situación que nos ofrece la arqueología de otras áreas del Imperio nos debe llevar a ser bastante precavidos a este respecto.

El análisis realizado por Hamilton (1995, 39-42) para el NE de la Galia belga nos debe poner sobre aviso con respecto a los indicios de conquista que se pueden esperar del material arqueológico. Según esta autora, la única indicación real, arqueológicamente hablando, del dominio político romano sobre ese sector de la Galia nos la ofrece la presencia de monedas imperiales pues el resto de los materiales se podrían interpretar como consecuencia del gran prestigio de la cultura romana entre las poblaciones indígenas pero no como una prueba del dominio real y efectivo de Roma sobre dichos territorios. Este material estaría, además, retrasando la datación de la conquista, pues sólo comienzan a

59 Para el caso de la expedición de César, actividad enmarcada dentro de su actividad de gobierno en la Hispania Ulterior, la penetración en Lusitania tendría como finalidad asegurar la paz y el orden en dicho territorio. La entrada en territorio galaico se produjo como consecuencia de la huida, hacia esa área, de los lusitanos. Gracias a esta expedición terrestre, César consolidó la ruta por tierra con el NO; a partir de este momento se inició la expedición marítima de César hasta Brigantium (en el área en que en la actualidad se encuentra A Coruña) que parece haber respondido al deseo personal de lograr un triunfo y la suficiente riqueza como para, una vez finalizado su gobierno provincial, poder acceder al consulado. Sea como fuere, lo cierto es que la expedición del César al NO, al igual que la anterior de Bruto, no parece que haya implicado la conquista de estos territorios. Para las fuentes y su interpretación en relación con la expedición de César ver González García, Brañas Abad 1995, 21-26 y Ferreiro López 1988.

60 Como, por ejemplo, el campamento romano y la fortificación indígena de la vía Carisa en Asturias (Camino Mayor, Estrada García, Viniegra Pacheco, 2005), los campamentos romanos de Toranzo, Iguña y Buelna, en Cantabria (Peralta Labrador 1999 y 2002) o el posible campo de batalla de Andagoste (Cuartango, Álava) que, quizás, haya que vincular con las acciones militares ligeramente anteriores al inicio de las guerras cántabras (Ocharan Larrondo, Unzueta Portilla 2002 y 2005).

aparecer con abundancia acuñaciones que se pueden datar durante el cambio de milenio. Según Hamilton, si utilizamos los métodos corrientes que se aplican en arqueología para explicar el cambio cultural, se podría concluir que no hay evidencias de la conquista por Roma de esta parte de la Galia, pues cada resto arqueológico que aparece, con excepción de las monedas, se podría explicar recurriendo a las relaciones entre Roma y las comunidades indígenas en términos de esferas de interacción, zonas de prestigio o relaciones centro-periferia. No hay, así pues, evidencia arqueológica de la violencia que, para el siglo I a.C., aparece mencionada en las fuentes, tampoco se aprecia evidencia alguna de un nivel extraño sobre las áreas ocupadas de antiguo, ni se aprecia la aparición repentina de grupos de elites extrañas, ni cambios en los ritos funerarios o evidencias de violencia, despoblación o empobrecimiento; por tanto, si no fuese por las fuentes escritas sería bastante difícil defender la existencia de la conquista, por Roma, de dicho territorio en la época en que realmente se produjo.

Soy plenamente consciente de que las conclusiones del análisis de Hamilton podrían ser utilizadas para datar la conquista del NO peninsular en una época anterior a las Guerras Cántabras. No obstante, para el caso de la conquista de *Gallaecia*, contamos, ya que no con informaciones de las fuentes literarias sobre las acciones militares en esta área, sí, al menos, con otro tipo de indicios que apuntan a que resulta imposible llevar la conquista e integración del NO peninsular dentro del mundo romano a un momento anterior al último cuarto del siglo I a.C., pues sólo a partir de esta época, que coincide con la finalización de las guerras cántabras, vemos que los territorios de la actual Galicia comienzan, en realidad, a formar parte del mundo romano; es, a partir del año 22 o 19 a.C. cuando vemos cómo estos territorios se integran dentro de una nueva ordenación del territorio de tipo romano (en un primer momento dentro de la Provincia Transduriana), se comienzan a crear los escasos centros urbanos de nueva planta y tipo romano que existirán en el NO, con las fundaciones augústeas de Lucus, Bracara y Asturica, se inicia el trazado de la red viaria⁶¹, se multiplica la presencia de material romano en el NO, así como su influencia cultural sobre las sociedades indígenas (modos de vestir, escritura, etc.). Junto con estos datos documentales hay, además, otro tipo de argumento que creo fundamental para ubicar en el último cuarto del siglo I a.C. la conquista del NO y es que, como han señalado Orejas, Sánchez Palencia y Plácido (Orejas, Sánchez Palencia 1999, 34-35; Orejas, Sánchez Palencia, Plácido 2000, 134), no se puede considerar la conquista del NO como un proceso que simplemente se produjo durante los 4 o 7 años que duró el proceso bélico, sino que, en realidad, se debe comprender como un acontecimiento que se prolongó, de manera lenta, en el tiempo y que abarcó desde el 26 a.C., o incluso desde antes, en lo que se refiere a la introducción de la influencia cultural romana, hasta el siglo I d.C. y que tuvo como finalidad la introducción del control político y de la influencia cultural romana en toda esta área.

61 A este respecto ver lo expuesto por Solana Sáinz 2004, 153-160.

Todo parece indicar, por tanto, a que a partir del último cuarto del siglo I a.C. podemos considerar que se inicia el proceso de integración del NO dentro de la órbita política de Roma y que, como consecuencia de ello, se acelera la influencia cultural romana sobre las comunidades de estos territorios. Como consecuencia de dicho proceso, Roma procedió, a partir de este momento, a la recluta de unidades auxiliares para las legiones entre las poblaciones del NO peninsular⁶². Sabemos, de hecho, que entre los tres conventos jurídicos de Gallaecia se reclutaron un total de 30 unidades auxiliares⁶³, sobre todo entre época julio-claudia y flavia⁶⁴. Las primeras unidades auxiliares reclutadas en estas regiones fueron destinadas, mayoritariamente, al frente del Rin y a Dalmacia y Pannonia, abierto en los años siguientes a la finalización de la conquista del N y NO peninsular (Roldán 1974, 270)⁶⁵.

62 Política habitual dentro del mundo romano con posterioridad a una conquista. Con relación al reclutamiento de indígenas en las unidades auxiliares ver Le Bohec 1990, 97-103. En lo que se refiere a la recluta de tropas indígenas, Roma actuó como precedente de muchos otros estados expansionistas, entre ellos las potencias coloniales europeas de época moderna y contemporánea entre las que la recluta de soldados tribales y su integración en unidades militares fue una práctica habitual (Ferguson, Whitehead 1992, 21; Cohen 1984, 347) tal y como lo indican, por ejemplo, la recluta de indios caribes por parte de los holandeses (Whitehead 1990, 161) o la integración de amerindios dentro de las fuerzas militares coloniales españolas (Whitehead 1992, 143).

63 Dichas unidades serían, por conventos jurídicos, las siguientes: del conventus astur: Ala I de los ástures; Ala I de los ástures hispanos; Ala II de los ástures; Ala III pía fiel de los ciudadanos romanos ástures; Ala (¿?) de los ástures; Cohorte I de los ástures; Cohorte I de caballería de los ástures; Cohorte II pía fiel de Caballería de ástures; Cohorte III de caballería de los ciudadanos romanos ástures; Cohorte IV de los ástures; Cohorte V de los ástures; Cohorte VI de los ástures; Cohorte de los ástures y lugones; Cohorte I de ástures y galaicos; Cohorte II de ástures y galaicos; *Symmachiarri* ástures; de los conventos lucense y bracaraugustano se reclutaron las siguientes unidades: Cohorte pía fiel de los lucenses hispanos; Cohorte I de caballería de los lucenses; Cohorte II de caballería de los lucenses; Cohorte III de los lucenses; Cohorte IV de los galaicos lucenses; Cohorte V de los galaicos lucenses; Cohorte I de los bracaraugustanos; Cohorte II de caballería de los bracaraugustanos; Cohorte III de caballería de los bracarugustanos; Cohorte V de los bracaraugustanos; Ala I de los gigurros; Ala II de los lémavos; Cohorte I de los ciudadanos romanos lémavos. Por lo que respecta a la historia de dichas unidades ver: Roldán 1974, 52-158; Santos Yanguas 1981b, 123-182 y 1988, 119-202.

64 Las alas y cohortes de los ástures se habrían reclutado hasta época de Trajano y Adriano (años 98-138 d.C.); las cohortes de ástures y galaicos serían unidades reclutadas en época julio-claudia (años 14-68 d.C.); las cohortes de brácaros y bracaraugustanos datarían desde época julio-claudia (años 14-68 d.C.) hasta tiempos de Trajano y Adriano (años 98-138 d.C.); las cohortes de lucenses o de galaicos lucenses serían de época julio-claudia (años 14-68 d.C.) y flavia (años 68-96 d.C.); a esta última época pertenecería, también, la cohorte de los lémavos; por su parte, tanto el ala de los lémavos como la de los gigurros, son de fecha desconocida, o, como sucede con el ala de los ástures y lugones, se trata de una unidad dudosa. Con respecto a las fechas de formación de dichas unidades ver, además de la historia de cada una de ellas recogida en los trabajos de Roldán y Santos Yanguas ya citados, el listado que ofrece Roldán 1974, pp. 266-267. Resulta muy explícito, con respecto a la época de formación de las diferentes unidades, el cuadro elaborado por García Quintela 1999, 292. Para las circunstancias relativas a la recluta de las unidades auxiliares de hispanos, en general, en la época inmediatamente posterior a la conquista del NO y durante al etapa julio-claudia ver Le Roux 1982, 93-96.

65 La presencia de unidades auxiliares de origen galaico o ástur no sólo se atestigua en Germania, Dalmacia y Pannonia, sino también en otras provincias del Imperio, como Britania, Mesia, Dacia, Nórico o Mauretania Tingitana (Santos Yanguas 1988, 253) y algunas de ellas, como el Ala I de los gigurros, la Cohorte III de los lucenses o la dudosa Cohorte de astures y lugones, sirvieron, incluso, en territorio hispano.

Esta política de reclutamiento de unidades auxiliares del ejército romano en el NO vino provocada, evidentemente, por la belicosidad tradicional de estas poblaciones⁶⁶; se trataba, además, de una política que, como ha señalado Mattingly (1992, 48) para el caso del N de África en época romana, buscaba un doble efecto: desplazar hacia otras zonas del Imperio un considerable potencial de resistencia armada al poder romano⁶⁷ y enseñar a la población los trabajos y oportunidades que les brindaba el mundo romano. No obstante, este “destino de los guerreros” castreños, como lo ha denominado García Quintela (1999, 291 ss.), pasaba, evidentemente, por su domesticación, por su transformación en miembros de las unidades auxiliares del ejército romano, en, digamos, “soldados regulares” del ejército imperial romano. De este modo se procedió a la domesticación del guerrero tribal, se le convirtió en un soldado civilizado, en el practicante de un modo de guerra, desde el punto de vista romano, civilizada. Creo que, a este respecto, resulta muy significativa la noticia que nos aporta Estrabón (III, 3, 8):

“Pero en la actualidad, como dije, todos [los habitantes del N de la Península] han dejado de hacer la guerra: pues César Augusto ha puesto fin a las actividades de los cántabros y sus vecinos, que todavía en la actualidad persistían en sus costumbres de bandidaje, y *en lugar de saquear a los aliados de los romanos*, los coniacos y los que habitan junto a las fuentes del Iber *hacen ahora campaña bajo su mando*, y Tiberio,

66 Esta belicosidad de las poblaciones indígenas y su eficacia guerrera habrían justificado, ya, el empleo de guerreros hispanos, no sólo galaicos o septentrionales, por parte de Roma en época republicana (Le Roux 1982, 38).

67 Sabemos que estas unidades, una vez desplazadas a su destino, cubrían sus bajas con individuos procedentes de las áreas en que estaban asentadas; por tanto, esa merma de potencial guerrero se realizaba en el momento de la formación de la unidad auxiliar. Pese a que, como sabemos, no todos los años se creaban unidades auxiliares, los cálculos que Gayet (2006, 101) ha realizado para la Península Ibérica elevan a 46.800 el número de soldados hispanos reclutados en las 93 unidades auxiliares que se formaron en Hispania. Cifras sólo superadas por la Galia que, en su conjunto, aportó 89 unidades y 48.000 soldados (Gayet 2006, 99). A esta aportación Hispana a los *auxilia* del ejército romano habría que añadir, además, los 1.080 soldados que necesitaría el ejército romano en Hispania entre la conquista y el establecimiento de la Legión VII Gemina en León como única unidad legionaria de Hispania a partir del año 75 d.C.; desde este momento, las necesidades se reducirían considerablemente y sólo harían falta 360 legionarios al año y entre 130-140 soldados para las unidades auxiliares (cálculos de García Quintela 1999, 294, a partir de Le Roux 1982). Santos Yanguas (1988, 251) ha calculado, quizás de forma un tanto exagerada, la participación, en el ejército romano, de galaicos, es decir de individuos procedentes de los conventus lucense y bracarugustano, en torno a unos 20.000 individuos a lo largo de toda la historia del imperio; participación que, como hemos visto al hablar de la época en que fueron creadas dichas unidades, se habría concentrado, fundamentalmente, entre los siglos I-II d.C. Por suerte contamos con los datos de población que nos ofrece Plinio el Viejo (*Historia Natural*, III, 28) y que, evidentemente, son posteriores a la conquista romana (ver López Barja 1999): 166.000 hombres libres en el convento lucense y 285.000 en el bracarense, es decir, 451.000 individuos. Dado el escaso crecimiento, por no decir nulo, de la población dentro de una sociedad tradicional como sería la galaica de época anterior y posterior a la conquista romana y ateniéndonos a los cálculos de Santos Yanguas, casi el 5% de la población de ambos conventos habría salido hacia otras áreas del Imperio para servir como soldados durante ese período. Se trata de una considerable pérdida de población y mucho mayor, aún, si tenemos en cuenta que habría afectado, sobre todo, a población masculina de edad joven, hecho que, en algunas áreas, todavía obstaculizaría más un posible incremento de población.

que ha sucedido en el poder a aquel, ha situado en estas regiones un destacamento de tres legiones, según se lo había indicado César Augusto, y no solo los ha pacificado sino que incluso a algunos de ellos los ha hecho civilizados” [trad. F. J. Gómez Espelosín (Gómez Espelosín *at al.* 2006)].

Así pues, la participación de los guerreros tribales del N y NO de la Península a las órdenes de Roma contribuyó, en gran medida, a su civilización⁶⁸; no podía ser de otra forma, pues, como nos señala Vegetio (*Epitoma rei militaris*, II, 2, 5-8):

“(5) Cuando las tropas auxiliares son conducidas al campo de batalla, como proceden de distintos sitios y distintas formaciones, no sienten respeto entre sí ni afinidad de apego alguno. (6) *Cada uno tiene una instrucción distinta, cada uno un modo distinto de luchar. Por tanto es inevitable que tarden más en conseguir la victoria unos soldados que antes de luchar se encuentran desavenidos.* (7) Y como en las expediciones es muy útil que todos los soldados obedezcan con la comunicación de una sola consigna, es imposible que cumplan igual las órdenes quienes ya de antemano no están preparados de igual modo. (8) *Pero a pesar de todo, si se afianzan con ejercicios ordinarios y variados casi a diario pueden llegar a ser de no poca ayuda.* (10). Las tropas auxiliares siempre se incorporaban a las legiones en la formación como tropas de armamento ligero para combatir en ellas más como refuerzo que como tropas básicas de refuerzo”.

Por tanto, para ser útiles, los guerreros tribales del NO debían recibir formación militar de tipo romano y acostumbrarse a las tácticas romanas; es decir, debían ser “domesticados”, civilizados, en su forma de pelear y concebir la guerra, del mismo modo en que también lo iban a ser, de hecho lo estaban siendo, en el resto de sus costumbres y hábitos. Es decir, tenían que asumir los hábitos y costumbres de Roma, del gran poder militar que

68 Esta idea del carácter civilizador de la conquista romana formaba parte, evidentemente, del propio discurso legitimador de la *pax romana* generado por Roma acerca de su actuación expansionista y transmitido por los diversos autores antiguos. Se trataría, de hecho, del polo opuesto a la imagen de barbarie que las fuentes antiguas nos dan sobre las poblaciones indígenas de estas mismas regiones. La investigación, desde hace aproximadamente un cuarto de siglo, ha tendido a considerar que tras dichas noticias simplemente se escondía un discurso de justificación de la política expansionista romana, rechazando, de ese modo, muchas de las noticias que nos ofrecen los autores antiguos, como, por ejemplo, Estrabón, acusándolo de ofrecer una visión “excesivamente maniquea” y que “no se ajusta a la realidad” (Fernández Ochoa, Morillo Cerdán 1999, 26). Retomando el ejemplo de Estrabón, resulta evidente que, en muchas ocasiones, deforma la realidad, que se trata de un autor que está al servicio de la ideología imperial romana, etc., pero también es cierto que, en muchos pasajes de su obra, ofrece noticias cuya veracidad ha sido contrastada gracias a otra documentación, como la arqueológica. Por ello, no se puede despreciar toda la información que nos ofrecen estas fuentes; es preciso, a través de una lectura detenida de las mismas y teniendo siempre en cuenta el contexto histórico e ideológico en que fueron generadas, separar lo que no es más que simple discurso legitimador romano de la verdadera información útil para el historiador: con respecto a estas cuestiones y procedimientos ver García Quintela 1999, 29-51 y García Quintela en Gómez Espelosín *et al.*, 2006, cap. 3.

se había logrado imponer sobre ellos tras las guerras cántabras. Con dicha domesticación, como ha apuntado García Quintela (1999, 294), “la antigua ética guerrera de los castreños tuvo poco ámbito para su pervivencia en este contexto”. La conquista del NO por Roma supuso, por tanto, la integración de estos territorios dentro de la órbita política y cultural romana y, para el ámbito de la guerra, que es el tema que aquí nos ha interesado, supuso el final de una forma de concebir y practicar lo bélico que, a juzgar por los datos de que disponemos, podemos hacer retroceder, para esta área de la Península Ibérica, al menos, hasta la Edad del Bronce. Con Roma, por tanto, desapareció del NO el guerrero tribal, pasando a ser sustituido por el soldado imperial.

5. Bibliografía

- ABLER, T. S. 1992: “Beavers and muskets. Iroquois military fortunes in the face of european colonization”. Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 151-174.
- ALBERRO, M. (ed. y trad.) 2005: *Táin Bó Cuailnge*. Noia (A Coruña).
- ALARCÃO, J. de 2003: “As estátuas de guerreiros galaicos como representações de príncipes no contexto da organização político-administrativa do noroeste pre-flaviano”. *Madrider Mitteilungen*, 44. 116-126.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1997: “Guerra y sociedad en la Hispania céltica”. *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid. 207-221.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. 1993: “La ‘sauna’ de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1. 177-253.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRRIO, A. J. 1989: “Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica”. *Actas. II Symposium de arqueología soriana*. Soria. 409-451.
- ; LORRRIO, A. J., 2004: “War and society in the celtiberian world”. *E-Keltoi. Journal of interdisciplinary celtic studies. The celts in the Iberian Peninsula*. 6. 73-113 (<http://www.uwm.edu/Dept/celtic/ekeltoi>).
- ARMADA PITA, X. L. 2003: “Monumentos termiais castrexos: unha contribución á súa interpretación”. *Anuario Brigantino*, 24. 61-82.
- BELLO DIÉGUEZ, J.M., DE LA PEÑA SANTOS, A. 1995: *Galicia na Prehistoria. Historia de Galicia. Tomo I*. Perillo-Oleiros (A Coruña).

- BENNET ROSS, J. 1984: "Effects of contact on revenge hostilities among the Achuarä Jivaro". Ferguson, B. R. (ed.), *Warfare, culture and environment*. Nueva York. 83-109.
- BENVENISTE, E. 1983: *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid.
- BERMEJO BARRERA, J. C. 1978: *La sociedad en la Galicia castreña*. Santiago de Compostela.
- 1986: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana II*. Madrid.
- BOYER, R. 2005: *La vida cotidiana de los vikingos (800-1050)*. Palma de Mallorca.
- BRADLEY, R. 1998: "Invisible warriors – galician weapon carvings in their iberian context". Fábregas Valcarce, R. (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas*. A Coruña. 243-258.
- BRAÑAS ABAD, R. 1995: *Indíxenas e romanos na Galicia céltica*. Santiago de Compostela.
- 2000: *Deuses, héroes e lugares sagrados na cultura castrexa*. Santiago de Compostela.
- BROWN, M. F., FERNÁNDEZ, E. 1992: "Tribe and state in a frontier mosaic. The Asáninka of eastern Peru". Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 175-197.
- BRUN, P., 2002: "El torques en Europa". *Torques, belleza y poder*. Madrid. 47-58.
- BRUNAUX, J.-L. 2004: *Guerre et religion en Gaule. Essai d'anthropologie celtique*. París.
- CAILLOIS, R. 1975: *La cuesta de la guerra*. México.
- CALO LOURIDO, F. 1983: "Arte, decoración, simbolismo e outros elementos da cultura material castrexa. Ensaio de síntese". Pereira Menaut, G. (ed.), *Estudos de cultura castrexa e de historia antiga de Galicia*. Santiago de Compostela. 159-85.
- 1993: *A Cultura Castrexa*, Vigo.
- 1994: *A plástica na cultura castrexa galego-portuguesa*. A Coruña.
- 1997: "A Síntese: o galaico romano". Pereira Menaut, G. (coord.), *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego. T. I. Historia. Vol. I*. Santiago. 193-212.
- 2003: "El icono guerrero galaico en su ambiente cultural". *Madridrider Mitteilungen*, 44. 33-40.
- ; SIERRA RODRÍGUEZ, X. C. 1983: "As orixes do castrexo no Bronce Final". Pereira Menaut, G. (ed.) *Estudos de cultura castrexa e de historia antiga de Galicia*. Santiago de Compostela. 19-85.
- CAMINO MAYOR, J., ESTRADA GARCÍA, R., VINIEGRA PACHECO, Y. 2005: "El campamento romano de la vía Carisa y la conquista de la Asturia Transmontana".

- Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. (eds.), *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana. III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón*. Oxford. 65-76.
- CAMPILLO, A. 2001: *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*. Madrid.
- CARNEIRO, R. L., 1990: "Chieftdom-level warfare as exemplified in Fiji and the Cauca Valley". Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 190-211.
- CHAGNON, N. A. 1990: "Reproductive and somatic conflicts of interest in the genesis of violence and warfare among tribesmen". Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 77-104.
- CHAGNON, N. A. 2006: *Yanomamö. La última gran tribu*. Barcelona.
- CHAPMAN, J. 1999: "The origins of warfare in the prehistory of Central and Eastern Europe". Carman, J., Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare*. Gloucestershire. 101-142.
- CIPRÉS, P. 1993: *Guerra y sociedad en la Hispania Indoeuropea*. Vitoria.
- COHEN, R. 1984: "Warfare and state formation: war make states and states makes wars". Ferguson, B. R. (eds.), *Warfare, culture and environment*. Nueva York. 329-358.
- CLASTRES, P. 1988: *Investigaciones en Antropología política*. Barcelona.
- CLAUSEWITZ, K. Von 1999: *De la guerra. Táctica y estrategia*. Barcelona.
- DE LA PEÑA SANTOS, A. 2003: *Galicia. Prehistoria, castrexo e primeira romanización*. Vigo.
- DETENNE, M. 1968: "La phalange: problèmes et controverses". Vernant, J.-P. (dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. París. 119-142.
- DIODORO SÍCULO = *The library of history of Diodorus of Sicily in twelve volumes*. T. III. With an english translation by C. H. Oldfather. Loeb Classical Library. Cambridge (Mass.)-Londres. 1970.
- DOLUKHANOV, P. M. 1999: "War and peace in prehistoric eastern Europe". Carman, J., Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare*. Gloucestershire. 73-87.
- EHRENREICH, B. 2000: *Ritos de sangre. Orígenes e historia de las pasiones de la guerra*. Madrid.
- ELIADE, M. 1987: "Initiation. An overview". Eliade, M. (ed.), *The Encyclopedia of religions*. Vol.7. Nueva York-Londres. 224-229.
- ETTINGLER, E. 1945: "Magic weapons in celtic legends". *Folklore*, 56/3. 295-307.
- FERGUSON, R. B. 1984: "Introduction: Studying war". Ferguson, B. R. (ed.), *Warfare, culture and environment*. Nueva York. 1-81.

- 1990: “Explaining war”. Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 26-55.
- 1992: “A savage encounter. Western contact and the yanomami war complex”. Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 199-227.
- (ed.) 1984: *Warfare, culture and environment*. Nueva York.
- , WHITEHEAD, N. L. 1992: “The violent Edge of Empire”. Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 1-33.
- , WHITEHEAD, N.L. (eds.) 1992: *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe.
- FERNÁNDEZ CANOSA, X. A. 1987: “As maneiras de combate na Lusitania”. *Trabalhos de Antropologia e Etnografia*, 25. 149-158.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. 1975: *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*. Tomo I. Santiago de Compostela.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., MORILLO CERDÁN, Á. 1999: *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias*. Gijón.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J., 1998: “Las comunidades campesinas en la cultura castreña”. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2). 127-50.
- FERREIRO LÓPEZ, M. 1988: “La campaña militar de César en el año 61”. *I Congreso Peninsular de Historia Antigua. Actas*. Santiago de Compostela. 363-372.
- FINLEY, M. I. 1984: *El mundo de Odiseo*. México.
- FLEISCHER, M. L. 2000: “Kuria cattle raiding: capitalist transformation, commoditization and crime formation among an East African agro-pastoral people”. *Comparative Studies in Society and History*, 42/4. 745-769.
- GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. 1990: *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania antiguas*. A Coruña.
- GARCÍA MORENO, L. A. 1988: “*Hispaniae tumultus*. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana”. *Polis*, 1. 81-107.
- 1993: “Organización socio-política de los celtas de la Península Ibérica”. Almagro-Gorbea, M.; Ruíz-Zapatero, G. (eds.), *Los celtas. Hispania y Europa*. Madrid. 327-355.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. 1999: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*. Madrid.
- 2002: *La organización socio-política de los populi del Noroeste de la Península Ibérica. Un estudio de antropología histórica comparada. Trabajos de Arqueología e Patrimonio*. Santiago de Compostela.

- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1977: "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma". *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania antigua*. Madrid. 13-60.
- GARLAND, Y. 2003: *La guerra en la Antigüedad*. Madrid.
- GAYET, F. 2006: "Les unités auxiliaires gauloises sous le Haut-Empire romain". *Historia*, 55 /1. 64-105.
- GIBSON, T. 1990: "Raiding, trading and tribal autonomy in insular southeast Asia". Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 125-145.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., GARCÍA QUINTELA, M. V., CRUZ ANDREOTTI, G. 2006: *Estrabón. Geografía de Iberia*. Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1999: "Las guerras cántabras en las fuentes". *Las guerras cántabras*. Santander. 143-169.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. 1996: "Mito y epopeya: la historia mítica de Aquiles y la *Ilíada*". Bermejo Barrera, J. C., González García, F. J., Reboreda Morillo, S., *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid. 217-300.
- 2003: *Os ártabros. Estudio xeográfico e etnohistórico*. Ourense.
- 2006a: "El Noroeste de la Península Ibérica en la Edad del Hierro: ¿una sociedad pacífica?", *Cuadernos de Estudios Gallegos* (en prensa).
- 2006b: "Celtismo e historiografía en Galicia: en busca de los celtas perdidos". González García, F.J. (coord.), *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid (en prensa).
- ; BRAÑAS ABAD, R. 1995: *Galicia romana. Historia de Galicia. Tomo II*. Perillo-Oleiros (A Coruña).
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. 2003: *Arqueología del Primer Milenio en el Noroeste de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense. Madrid.
- GRACIA ALONSO, F. 2003: *La guerra en la protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Barcelona.
- GREGOR, T. 1990: "Uneasy peace: intertribal relations in Brasil's upper Xingu". Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 105-124.
- GUILAINE, J.; ZAMMIT, J. 2002: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*. Barcelona.
- GUNAWARDANA, R. A. L. H., 1992: "Conquest and resistance. Pre-state and state expansionism in early Sri Lanka history". Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 61-82.
- GUYONVARCH, C., LE ROUX, F. 1986: *Les druides*. Rennes.
- HAAS, J. (ed.) 1990: *The anthropology of war*. Cambridge-New York.

- HAMILTON, E. 1995: "Was ever a Roman Conquest?". Hill, J. D., Cumberpatch, C. G. (eds.), *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Oxford. 37-44.
- HANSON, V.D. 1990: *Le modele occidental de la guerre*. París.
- 2004: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. Madrid.
- HARMAND, J. 1985: *La guerra antigua, de Sumer a Roma*. Barcelona.
- HARRIS, M. 1986: *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*. Madrid.
- HASSIG, R. 1992: "Aztec and spanish conquest in Mesoamerica". Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 87-102.
- HILL, D.J. 1995: "How Should We Understand Iron Age Society and Hillforts?. A Contextual Study from Southern Britain". Hill, J. D., Cumberpatch, C. G. (eds.), *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in temperate Europe*. Oxford. 45-66.
- HÖCK, M. 2003: "Os guerreiros lusitano-galaicos na historia da investigação, a sua datação e interpretação". *Madri der Mitteilungen*, 44. 51-66.
- HOWARD, M. 1983: *La guerra en la historia europea*, México.
- KEEGAN, J. 1995: *Historia de la guerra*. Barcelona.
- KEELY, L. H. 1996: *War before civilization*. New York & Oxford.
- KRISTIANSEN, K. 1999: "The emergence of warrior aristocracies in Later European Prehistory and their long-term history". Carman, J., Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare*. Gloucestershire. 175-189.
- 2002: "The tale of the sword – swords and swordfighters in Bronze Age Europe". *Oxford journal of Archaeology*, 24 (1). 319-332.
- , LARSSON, T. 2006: *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Barcelona.
- LA FONTAINE, J. S. 1987: *Iniciación. Drama ritual y conocimiento secreto*. Barcelona.
- LE BOHEC, Y. 1990: *L'armée romain sous le Haut-Empire*. París.
- LE ROUX, P. 1982: *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409*. París.
- LEVI-STRAUSS, C. 1943: "Guerre et commerce chez les indiens de l'Amerique du Sud". *Renaissance*, 1. 122-139.
- LINCOLN, B. 1991: *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*. Madrid.

- 1993: “War and warriors. An overview”. Eliade, M. (ed.), *The Encyclopedia of religions*. Vol.15. Nueva York-Londres. 339-344.
- LIZOT, J. 1980: “População, recursos e guerra entre os yanomami. Crítica da antropologia ecológica”. *Guerra, religião, poder*. Lisboa. 161-197.
- LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. 1999: “El censo provincial, los *populi* y los *castella* de *Gallaecia*”. *Gallaecia*, 18. 347-362.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. 1947: “Armería posthallstática del NO hispánico”. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, VIII, 543-589.
- MALLORY, J. P. 1997: “Warfare”. Mallory, J. P.; Adams, D. Q. (eds.), *Encyclopedia of the Indo-European culture*. Londres.-Chicago. 629-630.
- MATTINGLY, D. J. 1992: “War and peace in Roman North Africa. Observations and models of state-tribe interaction”. Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 31-60.
- MARCO SIMÓN, F., 2002: “El torques como símbolo”. *Torques, belleza y poder*. Madrid. 69-79.
- MCCAULEY, C. 1990: “Conference overview”. Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 1-25.
- MEIJIDE CAMESELLE, G. 1991: “La Edad del Bronce en Galicia”. *Galicia. Historia. Tomo I*. A Coruña. 235-269.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. 1998: “Definición y análisis de poblados de la Edad del Bronce en Galicia”. Fábregas Valcarce, R. (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas*. A Coruña. 153-189.
- MILLER, D. A. 1997: “Warriors”. Mallory, J. P.; Adams, D. Q. (eds.), *Encyclopedia of the Indo-European culture*. Londres.-Chicago. 631-636.
- MORILLO CERDÁN, Á. 2002: “Conquista y estrategia: el ejército romano durante el período augusteo y julio-claudio en la región septentrional de la Península Ibérica”. Morillo Cerdán, Á (coord.), *Arqueología militar romana en Hispania. Anejos de Gladius*. 5, 67-93.
- 2005: “La arqueología militar romana en Hispania: nuevas perspectivas”. Bendala, M., Fernández Ochoa, C., Durán Cabello, R., Morillo, A. (eds.), *La arqueología clásica peninsular ante el III milenio en el centenario de A. García y Bellido (1903-1972)*. *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XXXIV. 161-185.
- MUÑIZ COELLO, J. 1995: “Guerra y paz en la Hispania Céltica. Clientes y hospites a la luz de las fuentes literarias”. *Hispania Antiqua*, XIX. 15-36.
- NAVEIRO LÓPEZ, J. 1991: *El comercio antiguo en el NO peninsular*. A Coruña.
- NAVILLE, P. 1999: “Karl von Clausewitz y la teoría de la guerra”. Introducción a Clausewitz, K. v., *De la guerra. Táctica y estrategia*. Barcelona. 7-24.

- OCHARAN LARRONDO, J. A.; UNZUETA PORTILLA, M. 2002: "Andagoste (Cuartango, Álava): un nuevo escenario de las guerras de conquista en el norte de Hispania". Morillo Cerdán, Á (coord.), *Arqueología militar romana en Hispania. Anejos de Gladius*, 5. 311-325.
- ; UNZUETA PORTILLA, M. 2005: "El campo de batalla de Andagoste (Cuartango, Álava). Un precedente de las Guerras Cántabras en el País Vasco". Fernández Ochoa, C., García Díaz, P. (eds.), *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana. III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón*. Oxford. 77-80.
- OLIVEIRA JORGE, S. (Ed.) *Existe uma Idade do Bronza Atlântico?*. Lisboa.
- OLIVIER, L. 2002: "El torques como adorno personal". *Torques, belleza y poder*. Madrid. 81-85.
- OREJAS, A., SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. 1999: "Arqueología de la conquista del noroeste de la Península Ibérica". Balbín Behrmann, R. de, Bueno Ramírez, P. (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo IV. Arqueología romana y medieval*. Alcalá. 23-37.
- , SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J., PLÁCIDO, D. 2000: "La arqueología de una conquista". Sánchez-Palencia, F. J. (ed.), *Las Médula (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León. 111-136.
- OSGOOD, R. 1998: *Warfare in the Late Bronze Age of North Europe*. Oxford.
- PARCERO OUBIÑA, C. 2002: *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortiueira.
- 2005: "Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica". Blanco, A.; Cancelo, C.; Esparza, A. (eds.), *Bronce final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca. 11-33.
- PENA GRAÑA, A. 2001: "Estatuas de guerreiros galaicos de granito con saios decorados". *Anuario Brigantino*, 24. 39-60.
- PERALTA LABRADOR, E. 1990: "Cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua". *El Basilisco*. 3 (2ª época). 49-66.
- 1999: "Los castros cántabros y los campamentos romanos de Toranzo e Iguña. Prospecciones y sondeos". *Las guerras cántabras*. Santander. 210-276.
- 2002: "Los campamentos de las guerras cántabras de Toranzo, Iguña y Buelna (Cantabria)". Morillo Cerdán, Á (coord.), *Arqueología militar romana en Hispania. Anejos de Gladius*, 5. 327-338.
- PEREA, A. 2003: "Los torques castreños en perspectiva", *Brigantium*, 14. 139-149.
- PITILLAS SALAÑER, E. 1996: "Una aproximación a las reacciones indígenas frente al expansionismo romano en Hispania (205 al 133 a.n.e.)". *Memorias de Historia Antigua*, XVII. 133-155.

- QUEIROGA, F. M. V. R., 2003: *War and Castros. New approaches to the northwestern portuguese Iron Age*. Oxford.
- QUESADA SANZ, F. 1997: "Aspectos de la guerra en el Mediterráneo antiguo". *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid. 33-52.
- 2003: "¿Espejos de piedra? Las imágenes de las armas en las estatuas de los guerreros llamados galaicos". *Madrider Mitteilungen*, 44. 87-112.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 1999: "La toponimia de la guerra". *Las guerras cántabras*. Santander. 172-199.
- RANDSBORG, K. 1999: "Into Iron Age. A discourse on war and society". Carman, J., Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare*. Gloucestershire. 191-202.
- ROBARCHEK, C., 1990: "Motivations and material causes: on the explanation of conflict and war". Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 56-75.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. 1996: "La integración de *Gallaecia* en los dominios romanos: fase de conquista". Rodríguez Colmenero, A. (coord.), *Lucus Augusti. I: El amanecer de una ciudad*. A Coruña. 245-263.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. 1974: *Hispania y el ejército romano*. Salamanca.
- SABIN, P. 2000: "The face of roman battle". *The Journal of Roman Studies*, 90. 1-17.
- SALINAS DE FRÍAS, M. 1999: "En torno a viejas cuestiones: guerra, transhumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana". Villar, F.; Beltrán, F. (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*. Salamanca. 281-293.
- SÁNCHEZ MORENO, E. 1998: "De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión transhumante en la protohistoria hispana: la meseta occidental". *Studia Historica. Historia Antigua*, 16. 53-84.
- 2001: "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (I)". *Habis*, 32. 149-169.
- 2001: "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (II)". *Habis*, 33. 141-174.
- 2002-2003: "El botín de Viriato: guerra y sociedad en Lusitania". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Homenaje a la Dra. Dña. Encarnación Ruano*, 42. 305-331.
- SANTOS ESTÉVEZ, M. 2004: *Arte rupestre: estilo y construcción social del espacio en el Noroeste de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita. Santiago de Compostela.
- SANTOS YANGUAS, N. 1981a: "Las incursiones de lusitanos en Hispania Ulterior durante el siglo II a.n.e.". *Bracara Augusta*. XXXV, 79-80 (92-93). 357-366.

- 1981b: *El ejército romano y la romanización de los astures*. Oviedo.
- 1988: *El ejército y la romanización de Galicia*. Oviedo.
- SASTRE PRATS, I., 1998: *Formas de dependencia social en el Noroeste peninsular. Transición del mundo prerromano al romano y época altoimperial*. Ponferrada, 1998.
- 2001: *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*, Madrid.
- SAYAS ABENGOCHEA, J. J. 1989: “El bandolerismo lusitano y la falta de tierras”. *Espacio, tiempo y forma. Serie IV*, 4. 701-714.
- SCOTT LITTLETON, C. 1993: “War and warriors. Indo-European beliefs and practices”. Eliade, M. (ed.), *The Encyclopedia of religions*. Vol.15. Nueva York-Londres. 344-349.
- SHAW, B. D. 1984: “Bandits in the Roman Empire”. *Past and Present*, 105. 3-52.
- SILVA, A. C. F. Da, 2003: “Expressões guerreiras da sociedade castreja”. *Madrider Mitteilungen*, 44. 41-50.
- SOLANA SÁINZ, J. M. 2004: “La pacificación de los pueblos del Norte de Hispania”. Pérez González, C.; Illarregui, E. (eds.), *Actas. Arqueología militar romana en Europa*. Segovia. 145-165.
- TEIRA BRIÓN, A. M. 2003: “Os traballos agrarios e as ferramentas empregadas na cultura castrexa”. *Gallaecia*, 22. 157-192.
- THOMPSON, E. A. 1958: “Germanic warfare”. *Past and Present*, 14. 2-29.
- TORRES MARTÍNEZ, J. F. 2003: *La economía de los celtas de la Hispania atlántica*. Noia (A Coruña).
- TRANOY, A. 1981: *La Galice romain. Recherches sur le nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París.
- 1988: “Du heros au chef. L'image du guerrier dans les sociétés indigènes du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique (II^e siècle avant J.-C. – I^{er} siècle après J.-C.)”. *Le monde des images en Gaule et dans les provinces voisines. Caesarodunum*, XXIII. 219-227.
- VAN WEES, H., 1988: “Kings in combat: battles and heroes in the *Iliad*”. *Classical Quarterly*, 38. 1-24.
- 1992: *Status warriors. War, violence and society in Homer and History*. Amsterdam.
- 1994: “The homeric way of war: the *Iliad* and the hoplite phalanx (I & II)”, *Greece and Rome*, XLI (1-2). 1-18 y 131-155.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. 1994: *Ritos y creencias en la prehistoria gallega*. Laracha (A Coruña).

- 1995a: “Imagen y sociedad en la Edad del Bronce en Galicia”. Oliveira Jorge, V. (coord.), *Actas. 1º Congresso de Arqueología Peninsular. Trabalhos de antropologia e etnologia*. 35 (3). 287-301.
 - 1995b: *Antepasados, guerreros y visiones. Análisis antropológico del arte prehistórico de Galicia*. Pontevedra.
 - 1996a: “A guerra e mailas súas imaxes na Idade do Bronce de Galicia”. *Larouco*, 2. 33-45.
 - 1996b: “La guerra en Galicia desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro”. *A guerra en Galicia. O rural e o urbano na Historia de Galicia. III e IV Xornadas Galegas de Historia*, Santiago de Compostela. 11-49.
- VEGECIO = Flavio Vegecio Renato, *Compendio de técnica militar*. Edición y traducción de David Paniagua Aguilar. Madrid. 2006.
- VENCL, S. 1999: “Stone age warfare”. Carman, J., Harding, A. (eds.), *Ancient Warfare*. Gloucestershire. 57-72.
- WALCOT, P. 1979: “Cattle raiding, heroic tradition and ritual: the greek evidence”. *History of religions*, 18 (4). 326-351.
- WALKER, P. L. 2001: “A bioarchaeological perspective on the History of violence”. *Annual Review of Anthropology*, 30. 573-596.
- WHITEHEAD, N. L. 1990: “The snake warriors – sons of the tiger’s teeth: a descriptive analysis of Caribe warfare”. Haas, J. (ed.), *The anthropology of war*. Cambridge-New York. 146-170.
- 1992: “Tribes makes states and states make tribes. Warfare and the creation of colonial tribes and states in Northeastern South America”. Ferguson, R.B., Whitehead, N.L. (eds.), *War in the tribal zone. Expanding states and indigenous warfare*. Santa Fe. 127-150.